

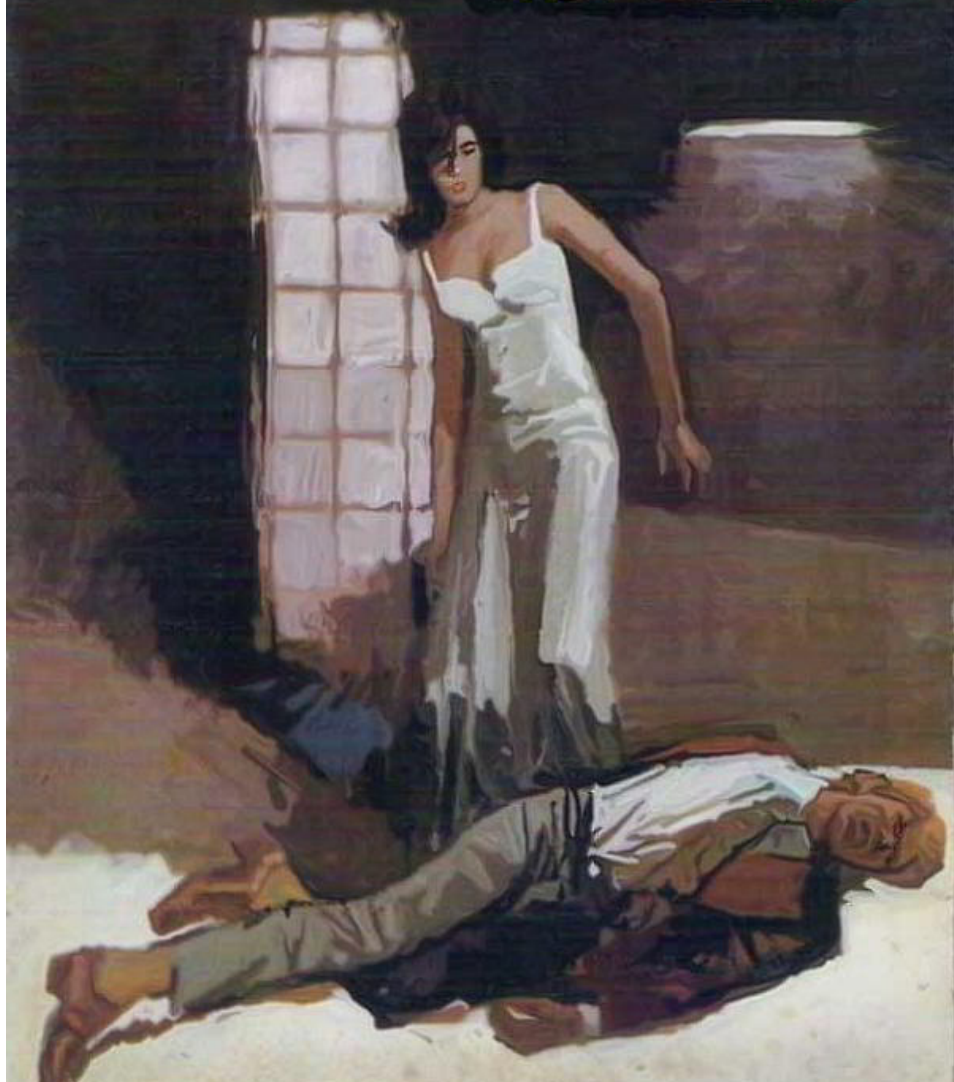
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

GENTE
DE ORO

*Curtis
Garland*



El sheik Abdullah El Feisal, del Emirato Árabe de Mullahj, sonrió complacido, mirando con una nueva luz en sus negros ojos cansados el paisaje urbano que podía distinguirse desde la ventana de su habitación en aquel centro médico norteamericano.

—Mi respuesta, naturalmente, es «sí» —dijo con lentitud.

Su interlocutor sonrió a su vez, inclinando ceremonioso la cabeza.

—Me complace que confíe en nosotros —declaró suavemente—. Sabía que iba a tomar una decisión inteligente, señor.

—Espero que lo sea —el árabe volvió sus ojos sagaces al otro hombre—. Por supuesto, me ha dado todas las garantías...

—Puedo dároslas, os lo aseguro. Vos mismo habéis visto ya un ejemplo concreto, alteza...



Curtis Garland

Gente de oro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1663

ePub r1.1

Lds 20.02.19

Título original: *Gente de oro*

Curtis Garland, 1982

ePub modelo

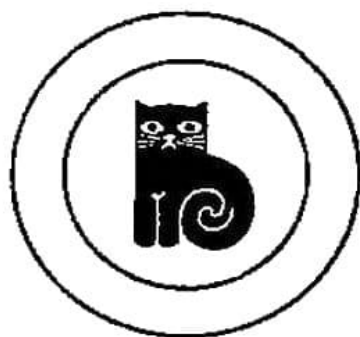
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El sheik Abdullah El Feisal, del Emirato Árabe de Mullahj, sonrió complacido, mirando con una nueva luz en sus negros ojos cansados el paisaje urbano que podía distinguirse desde la ventana de su habitación en aquel centro médico norteamericano.

—Mi respuesta, naturalmente, es «sí» —dijo con lentitud.

Su interlocutor sonrió a su vez, inclinando ceremonioso la cabeza.

—Me complace que confíe en nosotros —declaró suavemente—. Sabía que iba a tomar una decisión inteligente, señor.

—Espero que lo sea —el árabe volvió sus ojos sagaces al otro hombre—. Por supuesto, me ha dado todas las garantías...

—Puedo dároselas, os lo aseguro. Vos mismo habéis visto ya un ejemplo concreto, alteza...

—Ver un ejemplo no significa nada. Lo que importa es que resulte en mi caso, doctor Gullagher.

—Resultará, os lo garantizo. Vos mismo no vais a ser el primero, alteza. No se trata de un simple experimento, sino de una realidad.

—¿No puedo saber el nombre de alguno de... de los otros que me han precedido? —indagó cautamente el sheik, acomodándose mejor en su amplia y confortable butaca junto a la ventana.

—Imposible, señor —rechazó el doctor Gullagher—. Imaginemos que el mundo supiera esto. Muchas cosas iban a complicarse notablemente. Del mismo modo que nadie sabrá jamás que el sheik de Mullahj, Abdullah El Feisal, pasó por aquí y fue tratado por nosotros, usted debe ignorar qué personalidades mundiales han desfilado igualmente por nuestro establecimiento.

—¿Y siempre con resultados positivos?

—Siempre, alteza —sonrió el médico, lleno de confianza.

—Bien... —El árabe inclinó la cabeza, tocada por las sedas habituales en su raza, tradicionalmente vestido a la usanza de su país—. Y usted me ha dicho que la suma es...

—Una bagatela, alteza. Un millón de dólares en oro.

—¿A eso le llama «una bagatela»? —Enarcó sus negras cejas el sheik.

—Para una persona de vuestra fortuna, lo es. Pero no se trata sólo de ese punto de vista, naturalmente. Un millón es muy poco dinero para comprar la vida o la muerte, señor.

—En eso tiene razón, doctor Gullagher —suspiró El Feisal—. No se hable más de ello. Daré órdenes a mi Banco para que haga esa transacción de la forma más discreta posible. Supongo que todo esto debe quedar en el más absoluto secreto, sin que las autoridades monetarias sospechen nada...

—Si ello es posible, si. Si no, alteza, también existe solución para ello.

—¿De veras? —se interesó el árabe.

—Así es. Una solución oficial y absolutamente legal: hacer un donativo por ese millón de dólares oro a una fundación determinada de Estados Unidos, por méritos altruistas conseguidos por dicha Fundación.

—¿Cuál es esa Fundación?

—Sabréis el nombre, si es imposible hacer la remesa de otro modo. En cuanto el dinero obre en el punto de destino que fijemos, comenzará el tratamiento, alteza.

—¿No se fían acaso de mi palabra? —Se ofendió ostensiblemente el sheik, irguiéndose en su asiento.

—No os sintáis ofendido en absoluto, alteza —sonrió afablemente el médico, con otra leve reverencia—. Es una medida de seguridad que aplicamos a todo el mundo, banquero o rey, político o estrella cinematográfica, financiero o jefe de Estado. Nunca hemos obrado de otro modo. Es una de las normas de la Fundación, comprended. Los gastos son cuantiosos, la inversión enorme...

—Está bien, está bien —agitó su mano con displicencia el sheik—. No se hable más del asunto. Preparadlo todo. En menos de cuarenta y ocho horas, ese millón de dólares oro estará en sus manos, doctor Gullagher. Sólo espero que valga la pena la suma

invertida...

—Valdrá, os lo aseguro. Vos mismo admitiréis, cuando esto termine, que fue lo más barato que adquiristeis jamás...

* * *

Spyros Anapoulos meneó tristemente la cabeza.

—Éste es el fin, lo sé —confesó grave, ensombrecido su enjuto rostro moreno, curtido por las brisas del Egeo y por los mares que rodeaban su entrañable Grecia natal, aunque alternados por otros mares y brisas mucho más distantes e internacionales—. Mi propio fin.

Los que le escuchaban le miraron con expresión abatida. También ellos parecían saberlo muy bien. Demasiado bien. Bastaba ver el rostro macilento, la mirada triste de aquellos astutos ojos negros del mítico armador griego, dueño de una fortuna fabulosa, para comprender que la salud se marchitaba por horas en aquel cuerpo magro y fibroso, de hombre incapaz de declararse jamás por vencido ante nada no ante nadie, que no fuese la propia muerte.

—¿Se han reunido los doctores en consulta, Spyros? —preguntó su mejor colaborador y amigo, el opulento y rollizo Dimitrios Skoruzas.

—Por supuesto, amigo mío —sonrió amargamente Anapoulos—. Todos ellos, como una bandada de buitres bien alimentados. Me miraron con aire solemne, para decirme que no había remedio. Que todos los informes y diagnósticos coinciden, incluso el de esa cosa rara que ahora se ocupa de ejercer de médico y que se llama «computadora» —remachó con sarcasmo.

—¿Y...?

—Nada de nada. Todos de acuerdo, hasta el cachivache: no tengo arreglo. Me quedan unas semanas de vida, muy pocas. Y eso ahora, cuando acabo de casarme con la mujer más bonita del mundo, y la felicidad me sonreía... Oh, maldita sea, ¿de qué me sirven ahora mis barcos, mis millones, mis propiedades, mis islas, mis tierras, todo cuanto poseo en el mundo? ¿Pueden esos grandes hombres que se complacen en ser amigos míos, presidentes y reyes, magnates y políticos, artistas y científicos, devolverme la salud, permitir que pase la frontera de mis sesenta y cinco años y llegue,

como cualquier otro ser mortal, a los setenta y cinco, ochenta u ochenta y cinco de edad, que me permitirían gozar de una vejez dichosa, junto a una mujer como Yvette?

—Serénate, Spyros —le rogó Skoruzas, como miembro destacado de la junta de accionistas de la gran cadena de multinacionales de Anapoulos—. Nada adelantas con lamentarte. Siempre fuiste un hombre fuerte. Arrastraste la adversidad con gran entereza...

—Cierto. Pero la muerte es otra cosa. Es diferente... Uno siente miedo, angustia, impotencia... Es la más fuerte de todos. Sus decisiones nadie puede discutir las ni apelar contra ellas.

—Lo sé. Pero a veces, los médicos cometen errores...

—A veces —admitió irónicamente el magnate, encogiéndose de hombros—. Pero no siempre. Y no todos. Son demasiados médicos, demasiados análisis y datos clínicos. No, no hay error posible. No esta vez, amigos míos.

Los accionistas se miraron en silencio. Parecían tan asustados como el propio Anapoulos, con su sentencia colgando sobre él como una espada de Damocles.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó uno de ellos, confuso.

—Eso no lo sé —suspiró Anapoulos—. Ni me importa demasiado. Mi imperio queda vivo cuando yo muera. Pero ¿de qué diablos me sirve a mí todo eso cuando esté en mi ataúd, bajo el hermoso mausoleo de Isla Dédalo? Discútanlo entonces con mi esposa. Yvette, convertida entonces en la acaudalada señora Anapoulos, decidirá al respecto.

—¿Hereda ella todo, incluida la presidencia de las multinacionales? —quiso saber Dimitrios con profundo interés.

—Por supuesto —les miró con una expresión ofendida en sus negríssimos ojos fulgurantes—. Es mi esposa. ¿Alguna objeción?

—Ninguna, señor —rechazó otro miembro de la junta—. Pero ella es poco experta en negocios... Que nosotros sepamos, sabe mucho de perfumes, joyas y modelos de alta costura, yates y automóviles deportivos, pero muy poco de altas finanzas internacionales.

—Una observación muy poco elegante y nada correcta, señor Androakis —replicó con dureza la fría voz del magnate griego—. Espero que se arrepienta de haberla formulado, cuando mi joven

viuda les demuestre a todos lo que vale como financiera y como cerebro organizador. Ahora, si no tienen inconveniente, voy a retirarme. Me siento cansado y no estoy en disposición de seguir discutiendo con ustedes. Mi socio y amigo, Dimitrios Skoruzas, puede ocuparse de atenderles debidamente en mi ausencia, como si fuese yo mismo. Buenas tardes, caballeros.

Todos se pusieron en pie para verle salir. El rey de las altas finanzas, el hombre que hacía temblar con sus decisiones a grandes trusts bancarios, a multinacionales competidoras e incluso a Jefes de Estado y gobernantes, abandonó la amplia sala con la figura encorvada, el rostro ensombrecido, las arrugas profundas de su rostro latino más marcadas que nunca.

Era como si un fantasma hiciera mutis, para no volver nunca más a escena. Pero si alguno de los presentes pensaba eso en aquellos momentos, se equivocaba de medio a medio.

Apenas cruzado el umbral de separación con la antesala de la cámara de juntas, un hombre que aguardaba, pacientemente sentado en una butaca, con un maletín de ejecutivo sobre sus rodillas, se puso en pie ceremoniosamente, se inclinó ante el recién llegado, y manifestó con voz grave y pausada:

—Señor Anapoulos, le esperaba...

—¿Usted? —El magnate griego clavó en el extraño sus fríos ojos oscuros, helados y hasta hostiles—. No deseo hablar con nadie. Estoy muy cansado. Mi secretario le atenderá. Y si desea algo especial, está mi esposa...

—Lo sé, señor. Precisamente estoy aquí esperándole por indicación personal de la señora Yvette Anapoulos...

—¿Yvette? —el griego arrugó el ceño, contemplando con diferente expresión a su visitante—. ¿Ella le envía, dice usted?

—Así es, señor.

—Creo que me miente. Mi esposa tiene órdenes concretas de no enviarme visitas a mí, bajo concepto alguno. Además, en estos momentos, ella está en...

—En París, señor Anapoulos —sonrió suavemente el visitante, inclinando afirmativo la cabeza—. Lo sé. Vengo directamente desde allí. Residencia

L'Etoile,

camino de Versalles. Mi avioneta acaba de dejarme en esta isla hace

sólo una hora...

—¿Avioneta?

¿L'Etoile?

—Anapoulos reveló su sorpresa en el gesto—. ¿Quiere decir que ha visto a mi esposa en París y ha venido directamente aquí, en avión privado, por encargo de ella?

—Así es, señor —le tendió algo con gesto deferente—. Esto se lo probará.

Anapoulos, perplejo, tomó lo que su interlocutor le tendía. Era una tarjeta de visita. Y la conocía bien, aun sin haberle echado siquiera una ojeada. Un día le había comentado a Yvette que no era discreto ni elegante hacer tarjetas así, con láminas de oro puro en vez de cartulina. Pero ella había sostenido que era un capricho suyo. Y que sólo en casos muy concretos, a personas de su total confianza, les dotaría de semejante tarjeta para demostrarles su fe absoluta en ellas.

Ésta era una de esas tarjetas de oro centelleantes, sobre el que se había impreso en relieve el nombre de ella: Yvette Anapoulos. Eso era todo. Ni señas, ni teléfono ni dato alguno. Era suficiente por sí mismo. Como ser la esposa del Aga Kahn o del Zar de Rusia en otros tiempos. Sólo Yvette Anapoulos usaba tarjetas de oro y lucía ese apellido de resonancia mediterráneas.

Sin embargo, algo se había grabado en la tarjeta mediante proceso electrónico. Unas señales en relieve, que el magnate estudió con ojos inquisitivos. Luego, sin mediar palabra, aproximó la tarjeta a una ranura de un muro, bajo una pantalla de televisión apagada.

Apenas la introdujo, como lo haría un ciudadano cualquiera en una caja bancada electrónica, con su tarjeta de crédito, la pantalla se iluminó. Aparecieron unas palabras en letras verdes fluorescentes, con el código cifrado de la casa Anapoulos:

«ES DE TOTAL CONFIANZA. ATIÉNDELO. SIGNIFICA
QUIZA LA VIDA. Y.».

La Y de Yvette. Un mensaje cifrado de ella. Miró de soslayo al hombre con aire de jefe de ventas que le visitaba en su isla del Egeo. Nunca hubiera podido pensar, por mucha que fuese su

imaginación, que aquel hombre significase la vida para él. Todo lo más, una póliza de seguros. Pero nadie aseguraría a un hombre enfermo, cuyo tumor iba a terminar con su vida semanas después.

—¿Qué le ha dicho usted a mi esposa para que confíe tanto en su persona? —Receló el millonario, clavando su mirada aguda en el visitante.

—Nada que sea falso, señor Anapoulos —sonrió, muy seguro de sí, el hombre llegado de París—. Lo mismo que voy a repetirle a usted en breve, si me permite que lo haga.

—¿Cuál es su nombre?, —replicó Anapoulos con otra pregunta, seca y breve.

—John —dijo al otro—. John Smith.

—No esperará que me lo crea, ¿verdad?

—Claro que no. Sencillamente, mi nombre no le diría nada.

—Aun así, me gustaría saberlo. Siempre me gusta conocer a la persona con quien hablo.

—Está bien. No le mentí en parte. Me llamo John. John Kellerman. ¿Verdad que no le aclara nada?

—No. Siga, señor Kellerman. ¿Para quién trabaja y a qué se dedica?

—Pudiéramos decir que soy un buen relaciones públicas. Un ejecutivo de confianza.

—De confianza ¿para quién?

—Para quienes me pagan —sonrió Kellerman.

—No es muy explícito.

—Ni trato de serlo, señor Anapoulos. Yo no cuento en todo esto. Soy solamente un empleado que viene a hacerle una proposición interesante, sin duda alguna.

—¿Qué clase de proposición? Diga lo que diga mi esposa, mis negocios ya no los llevo yo directamente, sino mi socio y colaborador más eficaz, el señor Skoruzas.

—¿También lleva el señor Skoruzas el negocio de su propia vida, señor Anapoulos? —preguntó suavemente su interlocutor.

—¿A qué se refiere? —Los ojos oscuros del griego se estrecharon—. Mi esposa menciona ahí la vida. Usted también.

—Así es. Su vida, señor Anapoulos.

Mi vida se acaba, señor Kellerman. Pronto lo publicarán los diarios. Es un secreto difícil de guardar. Ya hay muchos rumores

sueltos por ahí. Desgraciadamente, son ciertos.

—Comprendo. Por eso estoy aquí. Mis superiores también han recogido esos rumores sobre su salud. Y han procurado confirmarlos minuciosamente.

—Termine. ¿Qué viene a ofrecerme? —Se impacientó el magnate.

—La vida.

—¿La vida? ¿Qué vida?

—La suya.

—Imposible. Estoy desahuciado. Los mejores especialistas del mundo me han examinado. Es un tumor maligno. Sin remedio alguno. Me quedan semanas de vida.

—Lo sabemos. Y a usted le gustaría vivir todavía veinte años más, pongamos por caso. Quizá llegar a centenario con buena salud...

—Váyase al diablo —se irritó Anapoulos—. No estoy para bromas.

—No es broma, señor Anapoulos. Por un millón de dólares oro, su deseo se verá cumplido. Sólo tiene que confiar en nosotros.

—¿En ustedes? ¿Y quiénes son ustedes?

—La Fundación Ingram, de los Estados Unidos.

—¿Fundación? Eso me huele a estafa, señor Kellerman...

—Tiene motivos para recelar. Hay muchos estafadores por el mundo. Nosotros hablamos en serio. Usted firmará un documento antes de ser tratado por nosotros. Nos entregará el millón antes del tratamiento. Nosotros le entregamos a usted una copia de ese documento, que podrá poner en manos de un abogado o de quien desee. Si muere en el período de tratamiento o en un plazo de cinco años después del mismo, a causa del mal que actualmente padece o de otro surgido del propio tratamiento, no sólo le reintegramos la suma a su familia, sino que admitimos ser responsables legales de su muerte, con todas las consecuencias penales que lo mismo implica. ¿Ésa garantía le satisface?

—En principio parece sólida. Pero luego puede suceder que su famosa Fundación no aparezca por parte alguna, y los pájaros hayan volado con el millón de dólares.

—Imposible, señor —negó sonriendo Kellerman—. Verá planos, fotografías y reportajes de la Fundación, documentos legales que

avalan su existencia y el valor elevadísimo de sus bienes muebles e inmuebles, así como la garantía federal del Gobierno de los Estados Unidos y de su Departamento de Sanidad, confirmando la existencia legal de nuestra Fundación y sus fines clínicos, absolutamente privados.

—Todo esto no tiene sentido. Sería como enviarles de cabeza a presidio y a la ruina, señor Kellerman. Lo que los más grandes especialistas del mundo jamás han logrado, no pueden conseguirlo ustedes en su Fundación. Nunca oí hablar de ella.

—Es una entidad benéfica que detesta la publicidad. Pero conocerá casos de personas desahuciadas, que tienen aún una larga y saludable existencia por delante. Se le ofrecerán pruebas exhaustivas de todo ello, antes de que usted pague un solo dólar.

—En resumen: ¿me está afirmando que ustedes garantizan la curación de mi tumor maligno, salvando de momento mi vida?

—Más que eso, señor Anapoulos —dijo gravemente el misterioso enviado de la Fundación—. Nosotros le garantizamos una vida prolongada, salud física envidiable, ausencia de enfermedades... todo ello por un millón de dólares oro a nombre de la Fundación, y de guardar absoluto secreto de este pacto mientras su vida siga el ritmo que le garantizamos. ¿Qué dice a eso?

Spyros Anapoulos meditó en silencio unos instantes. Su rostro rugoso y curtido reflejaba incertidumbre. Por fin, meneó la cabeza despacio.

—No pierdo nada, tiene razón —dijo—. Siempre me gustó la aventura, el riesgo. Así llegué a millonario. Acepto, señor Kellerman.

—Sabía que iba a decir eso —sonrió ampliamente su visitante.

CAPÍTULO II

Las manos enguantadas hicieron girar el volante.

Fue una maniobra normal, en una curva sin peligrosidad alguna. La arboleda no dificultaba en absoluto la visibilidad. La noche era clara, y los faros estaban encendidos, barriendo la carretera. Parecía imposible el accidente.

Y sin embargo, ocurrió.

Fue todo súbito, inesperado, brutal. Un chirrido de neumáticos, un desesperado giro de volante para evitar la colisión con el monstruo que se le venía encima, desplazándose a la izquierda e invadiendo la calzada que no le correspondía.

Pudo evitar milagrosamente el choque de frente que hubiera significado la muerte instantánea. Pero era imposible impedir que el vehículo, ya sin control, saltara la valla de la curva, destrozándola y yendo a estrellarse con un tremendo crujido de vidrios rotos y metal desgarrado, contra los troncos de los árboles cercanos.

El camión había logrado recuperar su perdida estabilidad, regresando a su derecha con otro chirrido que dejó huellas de negra goma en el asfalto, y el vehículo siniestrado emitió un silbido sordo, al perder el vapor y el agua del radiador, mientras el depósito de combustible, afortunadamente, resistía el embate sin incendiarse.

El chófer del camión fue el primero en saltar de su cabina, muy pálido, mientras otros vehículos hacían sonar ya sus claxons, aproximándose aceleradamente al escenario del drama. Cuando la primera sirena de la patrulla de caminos llegó a oídos de los presentes, ya dos automovilistas, con sumo cuidado, extraían al conductor herido, depositándolo en la hierba, sin atreverse a más.

—Cuidado —avisó uno de ellos—. No podemos moverle apenas. Tiene las costillas rotas, sangra por boca y nariz, sufre desgarros en

el rostro... y creo que tiene ambas piernas totalmente destrozadas. Eso, a primera vista, si no hay daños internos peores...

Ciertamente, estaba mal. Muy mal. Los patrulleros estudiaron al joven, inconsciente y bañado en sangre. Uno tomó nota de la matrícula de su coche, para informar a la central de suceso. El otro comprobó los documentos del vehículo, mientras llegaba la ambulancia para recoger al herido.

—¡Eh, es un hombre importante! —exclamó uno de los policías—. Se trata nada menos que de Mark Latimer, el escritor millonario.

—Latimer... —murmuró uno de los testigos—. He leído su última novela. No le creía tan joven... Parece un muchacho.

—Treinta años, dice aquí —señaló el policía en los documentos—. Pobre hombre. Creo que saldrá de ésta. Sufre lesiones graves internas, o no sé lo que me digo. Y he visto muchos accidentes así.

La ambulancia llegó en breve. Los enfermeros, al cargar el cuerpo inconsciente del joven automovilista en la camilla, menearon la cabeza con pesimismo.

—Creo que le queda poco —señaló uno de ellos—. Eso, si llega al hospital con vida...

Y emprendieron rápidamente la marcha en la noche, haciendo ulular su sirena para abrirse paso hasta el más próximo centro médico.

El camionero, lívido y sudoroso, permanecía sentado en el estribo de su camión, como ausente. Los policías caminaron hacia él con energía, mirándole ceñudos.

—No puedo entenderlo... —jadeó el responsable del accidente—. Iba despejado, he dormido muchas horas, no había motivo para sufrir ese repentino sueño y dar una cabezada...

Cuando quise darme cuenta, no podía controlar el camión. No es posible que me haya ocurrido esto a mí...

—Pues ha ocurrido, amigo —sentenció gravemente uno de los patrulleros—. Tendrá que venir con nosotros y someterse a la prueba de alcohol y todo eso. Si resulta negativo, tendrá que decirnos qué cenó y dónde, qué cosas tomó, por si alguna le causó esa somnolencia que puede haber sido causa de la muerte de un hombre. Va a serle difícil salir con bien de ésta, créame... Ha matado usted, si no me equivoco, a toda una celebridad cargada de fama y de dinero. Su familia y sus abogados van a caer sobre usted

como fieras...

* * *

Mark Latimer recordaba borrosamente algunas imágenes impresas en su memoria.

La carretera, el camión, las luces de los faros de aquel coloso sobre doce ruedas, la valla de la curva, los árboles, el impacto, el dolor, el olvido de todo...

Luego, la oscuridad. Y después un vago despertar, rodando sobre algo, por un largo corredor aséptico y blanco, rodeado de gente con ropas verdes. Luces en el techo, paneles de vidrio iluminados... Un quirófano, más luces sobre su cabeza, espejeando en sus retinas...

Rostros con mascarillas verdes, manos enguantadas de goma, centelleantes bisturís y acerados instrumentos de cirugía... Y de nuevo la oscuridad, la ausencia de dolor, de consciencia...

Ahora, contemplaba a quienes le rodeaban en aquella sala blanca y helada del hospital. Rostros tensos, pálidos, demacrados por el esfuerzo y la crispación. Miradas apremiantes fijas en él.

—Ha vuelto en sí —suspiró una voz—. Se lo dije, señores.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo —argumentó otro de los presentes—. Era mejor operar sin esperar a más, doctor Broderik.

—Nunca lo hago sin obtener previamente el consentimiento del paciente, si ello es posible, y ustedes lo saben —objetó con aspereza el cirujano principal. Se inclinó sobre el paciente y le preguntó con mayor suavidad en su tono—. ¿Me oye bien, señor Latimer?

—Sí —musitó éste—. Perfectamente...

Notó un vivo dolor en el pecho. Su rostro se contrajo. Algo subió a su boca, y notó el salobre sabor de la sangre en el paladar. Tosió secamente, y vomitó algo rojo sobre el embozo. Los demás se miraron entre sí, tensos.

—No hable. Sólo lo indispensable —le avisó el cirujano—. Le voy a ser tremendamente franco, señor Latimer. Es mi modo de actuar. Ha entrado usted aquí en estado desesperado. Hemos logrado detener la hemorragia y practicarle una transfusión, pero eso no basta. Sufre fractura de costillas que dañan sus pulmones. Tiene medio hígado destrozado. Hay que extirparle la parte

destruida, intentar salvar sus pulmones desgarrados por las costillas. Y, por si fuera poco, están sus piernas...

Latimer miró abajo, a los pies del lecho, temiendo ver un vacío donde debía de tener sus piernas. Notó cierto vago alivio. La forma de sus piernas abultaba las ropas normalmente. El cirujano comprendió el sentido de aquella mirada.

—Sé lo que piensa —susurró, fatigado—. Aún están ahí. Las hemos entablillado de momento. Están rotas por varios sitios. Pero hay peligro de gangrena. Sus destrozos son muy grandes, y el riego sanguíneo no llega a sus pies normalmente. En menos de veinticuatro horas, puede ser irreversible, y perder sus pies. Pero eso significaría también correr el riesgo de una gangrena gaseosa. Debemos amputar.

—Amputar... Oh, no, no —jadeó Latimer, asustado.

Volvió a notar el sabor de la sangre en su boca. Cerró los ojos, conteniendo el deseo de toser que hormigueaba en su dolorido pecho. Evocó el viaje en coche, la entrevista con Sue, la ruptura... Había viajado esa noche solo para romper definitivamente con Sue. Aún podía recordar su rostro furioso, su mirada colérica, su maldición cuando cruzó el umbral de la casita de campo, de regreso a su coche:

—Maldito seas, Mark Latimer. Espero que pagues esto alguna vez...

Bien. Ya había pagado. Quizá tenía razón Sue, aunque él siempre pensó que obraba honestamente al romper con ella de aquel modo. Sue era culpable de ello. Pero ahora no estaba ya tan seguro de nada...

—Su hermano ha sido avisado. Está en camino —le informó otro médico—. Pero no podemos esperar a su llegada para operar, compréndalo. Debe decidirse ahora...

Su hermano. El bueno de Steve, sorprendido pescando en la sierra, disfrutando de sus bien ganadas vacaciones de aquel largo fin de semana... Y, de repente, la noticia: «Su hermano ha sufrido un accidente. Está muy grave. Venga en seguida». Pobre Steve...

—Decídase, señor Latimer —le apremió la voz del doctor Broderik—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Existe... alguna esperanza? —musitó. Otra vez aquel maldito sabor de sangre en su boca... Y el horrible dolor en el pecho, el

jadeo de sus pulmones heridos...

—Francamente, sí. Pero no muchas —le confesó con brutal sinceridad el cirujano—. Todo depende que de soporte le extirpación de parte del hígado y bazo, que sus pulmones no sufran un edema... y que usted soporte, que su corazón resista todo eso, mas la doble amputación...

—¿Doble? —jadeó Latimer, horrorizado.

—Sí. Las dos piernas. Hasta la rodilla. No hay otro remedio, compéndalo. Eso eliminaría el setenta y cinco por ciento de riesgos.

—De momento... jugará sólo con el veinticinco por ciento restante, doctor. No ampute.

—¿Qué? —Se sobresaltó el médico.

—No ampute. No autorizo eso —mantuvo con firmeza, tosiendo y expeliendo sangre de nuevo.

Los médicos se miraron entre sí, desalentados. Alguien comentó, pesimista:

—Se lo dije, doctor. Lo mejor hubiera sido amputar sin pedir parecer al paciente. Ya estaría hecho...

—Lo siento —manifestó Broderik con lentitud—. En conciencia, siempre obro así. Sepa, señor Latimer, que ha tomado una decisión tan grave como equivocada. Quizá su vida dependa de esa doble amputación...

—¿Qué valdrá mi vida, sujeto a una silla de ruedas, con dos piernas artificiales, a mis treinta años, doctor? —sonrió amargamente Latimer, antes de cerrar los ojos y, tras un corto vómitos quedarse de nuevo inconsciente.

* * *

Despertó. Era la segunda vez que eso ocurría.

Casi no recordaba nada. Pero recordó de repente. Alarmado, buscó con los ojos el final de la cama. Sentía sus piernas. Y dolor en ellas. Pero sabía que eso, a veces, era equívoco. Ver el bulto de sus dos piernas le causó alivio.

Se sentía muy débil, muy agotado. Respiraba con dificultad. Algo oprimía su pecho con fuerza, un vendaje duro. Le dolían las cicatrices de la reciente intervención. Sabía que habían vaciado

parte de su cuerpo. Se notaba febril, sumido en un sopor producto de calmantes y drogas para combatir el dolor.

Le extrañó ver al hombre erguido al pie de su lecho. Le miró fijamente.

—No soy un médico —sonrió el desconocido—. Sólo un visitante.

Latimer no entendía. Creía estar lo bastante grave como para no recibir visitas. El otro pareció adivinar sus pensamientos. Le miró con cierta tristeza.

—No necesita cansarse hablando —dijo—. Le comprendo bien. Sí, me han dejado entrar. Tengo algunas buenas amistades en este centro médico. Mi presencia aquí no es del todo regular, pero dispongo de cinco minutos para hablarle, señor Latimer. Debemos aprovecharlos al máximo. Su vida depende de ello.

Mark no supo qué pensar. Ni quiso hablar tampoco. Sabía que si lo intentaba, se desmayaría. Estaba agotado, roto, maltrecho. La fiebre y el dolor le consumían.

—Conozco su estado —dijo el otro—. Está mal. Muy mal. No permitió la amputación, me lo han dicho. Hizo bien. Aún dispone de sus piernas. Pero clínicamente, le han colocado el cartelito de «desesperado». No esperan que salga de las próximas veinticuatro horas, Latimer. Si sigue aquí, confirmo ese diagnóstico. Usted está en periodo preagónico.

Mark hubiera querido gritar, echar de allí a aquel maldito agorero. No pudo. No hubiera podido ni llorar.

—Soy cruel, lo sé —afirmó el desconocido—. Tengo que serlo, dada su situación. Engañarle no conduce a nada. Le han extirpado casi todo el hígado y parte del bazo, un sector de su estómago, tiene los pulmones encharcados de sangre y las costillas no han podido ser soldadas totalmente. Sus piernas son dos deshechos, y en una ya se inicia la gangrena. Va a morir esta noche o mañana. Pero sólo si se queda aquí y se niega a intentar vivir. ¿Me comprende? Yo soy la vida para usted, Latimer. Su única posibilidad de supervivencia.

Hizo una pausa. Latimer empezaba a sentir de nuevo la somnolencia de los sedantes, interrumpida acaso mediante otro fármaco aplicado para que pudiera escuchar a su enigmático y duro visitante. Éste notó la circunstancia. Y se apresuró, abriendo ante Latimer una carpeta de cuero negro, en cuyo interior había dos

documentos iguales, uno a cada lado de la carpeta. Una pluma apareció en la mano del extraño.

—Firme aquí, Latimer, y salvará su vida. No sólo eso: salvará sus piernas, tendrá una existencia con absoluta salud física y mental... Firme aquí, y su Banco nos transferirá un millón de dólares a nuestra cuenta. A cambio de ello, usted exige de este centro médico ser trasladado de inmediato a otro donde se le garantiza la vida, mediante un tratamiento nuevo. Si usted muere en nuestra mesa de operaciones o a causa de sus heridas actuales, este documento le servirá a su hermano para reclamarnos ese dinero y enviarnos a presidio de por vida.

Latimer procuraba leer aquel texto duplicado, cuyas letras mecanografiadas parecían bailotear ante sus ojos mortecinos.

Aun así, logró captar algunas frases concretas: «... el millón de dólares será reintegrado a los herederos de Mark Latimer, si éste muere en nuestras manos durante el período de tratamiento...» «... y aceptamos todas las responsabilidades civiles y penales que este compromiso nos exige...» «... La Fundación Ingram, registrada en Sanidad Federal, totalmente legal a todos los efectos, garantiza al paciente la supervivencia en plenitud de facultades físicas y mentales...».

Podía ser todo una estafa, una gran estafa, claro que sí. Pero lo tenía todo perdido, pensó borrosamente, sintiéndose cada vez más cerca de la inconsciencia. Sabía que el visitante no estaba mintiendo. Sentía la proximidad de la muerte.

Alargó el brazo tembloroso. Tomó la pluma entre sus dedos vendados, cubiertos de cortes. Firmó un pliego. Luego el otro, casi sin fuerzas. Cayó de sus manos la pluma al trazar la rúbrica de la segunda firma.

Pero era suficiente. Se hundió en la nada. Su rostro transpiraba, su fiebre era altísima. El extraño sonrió, comprobando las firmas. Rápido, sin perder tiempo, salió de la estancia. Se dirigió al doctor Broderik, directamente a su despacho.

Cuando le autorizaron la entrada, puso ante el médico una de las dos copias del documento firmado.

—Esto es para usted, doctor, y para el familiar más próximo de su paciente, Mark Latimer —dijo gravemente, cerrando su carpeta—. Como verá, la firma de Mark Latimer da validez legal a ese

documento, mediante el cual exigimos el inmediato traslado de su paciente a nuestro centro médico.

—¡Pero eso es una locura! —protestó Broderik, palideciendo—. Se les morirá en el camino, no soportará un traslado...

—Ése es asunto nuestro, doctor. Mediante ese documento, si algo irreparable le sucede a su paciente, seremos responsables ante la Ley y la familia, no le queda duda. Con todas sus consecuencias.

—Ustedes están locos. Se les morirá en seguida. Es como suicidarse... Yo haré que, en ese caso, todo el peso de la Ley les aplaste. Además, aquí dice que cobrarán por salvar su vida un millón de dólares a cobrar anticipadamente, que reintegrarán a la familia si el paciente fallece.

—Así es —sonrió el desconocido—. Eso demuestra nuestra honestidad, doctor Broderik. Ahora, autorice cuanto antes ese traslado, o será usted el único responsable legal y moral de la muerte de ese hombre...

* * *

Por tercera vez, Mark Latimer despertó de un largo y profundo sueño cuya duración le era totalmente desconocida.

Miró en torno suyo. Aquella estancia no tenía la aséptica frialdad de la habitación de un hospital. Por el contrario, su tono suave de muros pintados, sus cortinas luminosas en la ventana, los muebles claros, hablaban de algo hogareño y apacible.

Por los vidrios de la ventana, le fue posible ver el sol de la tarde, y unos verdes prados, rodeados de ondulaciones herbosas, donde jugaban unos cuantos individuos al golf, por un lado, y por otro unos muchachos, tras una alambrada, practicaban béisbol, llenando de risas juveniles el atardecer.

—Dios mío, ¿dónde estoy ahora? —musitó Latimer, sin recordar claramente lo sucedido anteriormente.

De pronto sí evocó algo. Asustado, miró a los pies de la cama. Vio el bulto de sus piernas, el promontorio de sus pies bajo una manta escocesa... Los movió. No notó dificultad alguna. Respiró hondo. Para sorpresa suya, no notó aquel ronquido doloroso en su pecho. Hinchó los pulmones y notó el placer de expulsar el aire sin dificultades. Se tocó las costillas. No dolían en absoluto.

—Es asombroso... —musitó—. ¿Lo habré soñado todo?

No, no era posible. No podía haber soñado tantas cosas horribles. Recordó el sabor salobre de la sangre en su boca. Tosió. No sintió dolor. Ni nada molesto en todo su cuerpo.

Bajó las ropas de la cama. Contempló las cicatrices en su cuerpo. Ya le habían quitado los puntos, incluso. Era asombroso. ¿Cuánto hacía que estuvo en el hospital y aquel desconocido le habló algo relacionado con la vida?

Se estremeció. Las imágenes se agolparon en su mente ahora. Un doble papel escrito a máquina, dos firmas... y un millón de dólares.

¡Un millón a cambio de su vida!

Miró a ambos lados. Un periódico atrajo su atención. Estaba su nombre en primera plana, con grandes titulares. Tomó aquel rotativo y lo desplegó sobre la cama.

Leyó, perplejo, asombrado, el gran titular de primera página:

«MARK LATIMER, EN ESTADO PREAGÓNICO. EL FAMOSO ESCRITOR, VICTIMA DE UN ACCIDENTE DE CARRETERA, DESAHUCIADO POR LOS MÉDICOS, ESPERA LA MUERTE SOMETIDO A LA ACCIÓN DE FUERTES SEDANTES QUE ALIVIEN SU DOLOR DE ESTAS HORAS FINALES».

Miró la fecha del periódico. Dos días después de emprender aquel viaje para romper con Sue. Ahora ignoraba incluso el día en que estaba. Instintivamente buscó en su muñeca el reloj de pulsera para saber la fecha actual. No había reloj. Sin duda se hizo añicos en el accidente, pensó Mark.

—Le regalaremos un nuevo reloj, señor Latimer —dijo una suave voz amable.

Alzó la cabeza. Una bella faz femenina asomaba por la puerta de la alegre habitación. Se irguió sin dificultades, sentándose en el lecho y mirando a la desconocida.

—¿Quién es usted? —quiso saber.

La joven entró en la estancia. Era pelirroja, de ojos azules y labios carnosos. Vestía una bata de uniforme, anudada a la cintura, de color naranja, con un distintivo esmaltado en el pecho, donde se veían las letras F. I en un anagrama, sobre el nombre de «señorita

Blandish».

—La persona encargada de cuidarle —se presentó ella risueña—. Jane Blandish.

—Ya. ¿Y dónde estoy?

—Centro de Especialidades Médico-Quirúrgicas de la Fundación Ingram, señor Latimer —explicó ella con indiferencia—. Bien venido a la consciencia tras tan largo paréntesis...

—¿Largo paréntesis? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Se inquietó él.

—Casi un mes —sonrió la joven.

—¡Un mes! ¿Inconsciente todo ese tiempo?

—¿Usted qué cree? ¿Recuerda algo acaso?

—No, nada... Mi último recuerdo data de una habitación blanca y fría, donde agonizaba sumido en una fiebre intensa, amodorrado por las drogas...

—El hospital del condado —suspiró ella—. Todos son parecidos. Donde sufrió el accidente fue hospitalizado de urgencia. Ocurre siempre así.

—Pero dijeron que yo... estaba muriéndome. Tenían que amputarme las piernas...

—Ya ve que nadie le ha quitado nada —rió suavemente la joven, poniéndole un termómetro en la boca—. Tiene sus dos piernas intactas. Y también el resto del cuerpo.

—Pero mi hígado, mi bazo, mis pulmones... —jadeó él, hablando dificultosamente con el termómetro en su boca.

—Cállese mientras le tomo la temperatura —le reprendió ella—. Lo cierto es que todo eso se arregló ya. No tema que su hígado no funcione, el bazo esté inutilizado o sus pulmones sufran un edema irremediable. Está sano. Totalmente sano.

—Imposible... —musitó Latimer, pese a la prohibición.

Y calló, al fruncir ella el ceño. Cuando le tomó la temperatura, la muchacha sonrió complacida.

—Todo correcto —dijo—. Ni una décima de temperatura. Está bien del todo.

—¿Cómo me mantuvieron todo este mes?

—Con sueros y líquidos. Cuando uno reposa necesita poco alimento más. Usted, necesitaba reposar. Fue un trabajo difícil devolverle a la normalidad. Ahora sea buen chico y lea un poco, ahí

sentado. Le serviré pronto la primera cena sólida. Mañana podrá levantarse y pasear por el edificio. Al otro día, lo hará por los jardines y los prados. Todo en su momento, señor Latimer.

—Espere —la detuvo él, cuando la joven pelirroja se dirigía a la salita—. ¿Sabe algo de mi familia? Mi hermano...

—Lo siento. Esos asuntos no me atañen a mí. El señor Kellerman le verá pronto.

—¿Kellerman? ¿Quién es?

—Un alto ejecutivo de la Fundación. Se ocupa de problemas como ése. Pero tenga por seguro que su hermano está bien y sabe de este tratamiento y de sus consecuencias. A estas horas, ya estará enterado de que usted se halla fuera de peligro definitivamente...

Abandonó la estancia con su sonrisa deslumbrante. Mark contempló aquel periódico que tenía ante sí, con cierta perplejidad. Si era cierto lo que decía su joven enfermera, de aquella publicación hacía casi un mes. Un mes atrás estaba moribundo en un hospital comarcal. Y ahora, se hallaba sano y salvo, fuerte, lleno de vida...

No entendía nada. Absolutamente nada. Pero la vida seguía. Y eso era lo que contaba para él, por encima de todo.

* * *

Al Presidente de los Estados Unidos le dio el colapso cuando pasaba unos días de descanso en su lugar predilecto, de los Adirondacks. Su marcapasos no sirvió de mucho esta vez. El ataque tenía todas las apariencias de ser grave.

Un helicóptero le trasladó urgentemente al centro médico más próximo, y fueron movilizados los especialistas en enfermedades cardiovasculares de la Casa Blanca con prontitud. Pero todo ofrecía el negro panorama de una situación irreversible, si los indicios no engañaban. El Presidente estaba en coma al llegar al hospital, y un electrocardiograma de emergencia reveló que existía la fatal posibilidad de otro inmediato colapso, de posibles consecuencias trágicas.

Otro helicóptero llegó con la máxima urgencia, encargándose de evacuar al alto mandatario norteamericano, con rumbo a un centro especializado, donde pudiera ser debidamente atendido de su dolencia.

Lo sorprendente empezó allí.

De pronto, el seguimiento de la ruta del helicóptero se perdió totalmente. Para pasmo de todos, helicóptero y enfermo habían desaparecido en su viaje entre dos hospitales. Nadie sabía nada del aparato evaporado en el aire. El radar no detectó su posición. La alarma cundió por doquier. El FBI, la CIA y la policía de varios Estados se movilizaron, poniéndose en marcha la más compleja y sofisticada maquinaria de investigación existente, para dar con el Presidente desaparecido. Todos temían un posible secuestro; dada la situación clínica del enfermo, ese secuestro podía terminar trágicamente, de forma irreversible.

La noticia se mantenía aún dentro del más riguroso secreto, conocida sólo por los organismos oficiales más allegados a la Presidencia, cuando se tuvo la primera noticia satisfactoria de aquel helicóptero no identificado, que desapareciera con tan ilustre paciente.

Fue una llamada telefónica al vicepresidente, que la Casa Blanca recibió con una mezcla de asombro y alivio:

—No teman nada —dijo una voz—. El Presidente está bien. No sólo no ha sido víctima de secuestro alguno, sino que está siendo tratado de su dolencia cardiovascular de la forma más eficiente posible. Garantizamos su regreso casi inmediato, perfectamente curado de su mal. No investiguen más. Dentro de cinco horas, recibirán un parte médico concreto.

A las cinco horas exactas, el parte médico estaba en poder de un grupo de especialistas reunidos en la Sala Oval de la Casa Blanca con el vicepresidente de los Estados Unidos.

Fue leído por aquella misma voz, que era imposible de localizar por los escuchas del FBI, en una cinta magnetofónica misteriosamente llegada a la Casa Blanca.

La escucharon en silencio. Los médicos se miraron pasmados.

—Quien redactó eso es un médico especializado en enfermedades cardiovasculares y en cirugía del corazón —informó el que dirigía el grupo médico—. Parece una fantasía, porque solamente un trasplante de corazón podría devolver al Presidente la normalidad cardíaca perdida. Pero ahí no habla de trasplante, aunque sí de curación total y definitiva, cosa que es prácticamente imposible hoy en día.

El desconcierto aumentó cuando un nuevo mensaje, emitido diez horas después, les anunciaba el regreso del Presidente a su casita de los Adirondacks, en el plazo de dos horas, sano y salvo.

Así sucedió.

Para asombro de todos, incluido el FBI, el Presidente de los Estados Unidos apareció dentro de un automóvil robado, cerca de la carretera vecinal que conducía a su refugio montañoso, en perfectas condiciones, dormido en el asiento trasero apaciblemente.

Aunque un rápido examen médico confirmó que el sueño era causado por una droga, su estado físico era perfecto. Se le hizo un examen radiográfico completo.

Era inverosímil. Pero el Presidente tenía un corazón perfectamente sano, como correspondía a un hombre de cincuenta y tantos años, carecía de marcapasos ahora, y el funcionamiento cardiovascular era perfecto.

—Pero señor Presidente, ¿puede decirnos dónde ha estado y quién le ha podido realizar una cura milagrosa e increíble? —le pidió el vicepresidente, atónito.

—No, no puedo —sonrió el Presidente, moviendo negativamente la cabeza—. Di mi palabra de caballero. A cambio de mi salud futura, prometí no decir nada a nadie. Y así lo cumpliré, por encima de todo. Me han garantizado una vida normal y sana hasta avanzada edad. Si eso no fuese así, quedaría exento de seguir manteniendo mi palabra.

—¿Es todo lo que ha dado usted, a cambio de un corazón que funciona al parecer maravillosamente bien?

—Todo, amigo mío —sonrió—. Y una pequeña suma de mi fortuna particular, que no tiene por qué ser motivo de conversación oficial, puesto que se trata de mi propio dinero...

El Presidente nunca reveló a nadie que esa «pequeña» suma por la que había comprado su salud a un cuadro módico sorprendente, en un lugar no menos sorprendente, se trataba ni más ni menos que de un millón de dólares en efectivo.

Pero a cambio de eso, un hombre cuya Vida, según los especialistas con mayor optimismo, hubiese durado cosa de cuatro o cinco años, ahora tenía por delante toda una existencia saludable, una madurez que su físico fuerte y vigoroso podía afrontar con plenitud y entusiasmo.

CAPÍTULO III

El doctor Martin Douglas colgó su ropa de cirugía en el compartimento a él destinado en el gran mueble metálico que cubría toda una parte del largo recinto dedicado a vestuario y aseos del centro.

Miró de soslayo a sus compañeros, mientras éstos se cambiaban también de ropa y charlaban entre sí animadamente.

—Ha sido uno de los casos más difíciles que recuerdo... —comentaba uno jovialmente—. Nada menos que operar así, desde el exterior de un recinto hermético, a distancia...

—¿Qué otra cosa se podía hacer con un cuerpo saturado de contaminación radiactiva? —objetó otro, encogiéndose de hombros—. Lo importante es que se logró.

—Vaya si se logró —afirmó enfáticamente su compañero—. Y todo gracias a nuestro colega Douglas...

Todas las miradas se volvieron hacia él. El doctor Martin Douglas tragó saliva, desviando los ojos. Era un hombre habitualmente tímido. Ahora lo parecía mucho más.

—No, no fue nada... —se limitó a replicar, a media voz.

Los demás se echaron a reír de buena gana.

—Vamos, vamos, no seas tan modesto —le reprochó uno de los cirujanos—. He visto a pocos hombres como tú, Douglas. La cirugía general siempre me pareció una especialización demasiado amplia y ambigua... hasta que te he visto trabajar a ti en tantos y tantos casos diferentes...

—Bueno, digamos que esta vez tuve suerte —eludió Martin Douglas cargar con la responsabilidad moral de tanto éxito—. Ese hombre hubiera muerto de radiactividad en pocas horas. Era difícil manejar su organismo así, a través de unas mangas de plástico y

unos guantes especiales, moviendo los brazos como un robot. Pero la Fundación siempre alcanza sus objetivos. Y así ha sido una vez más... Ahora perdonadme. Voy a la ducha.

Se metió en su aseo, mientras los demás charlaban entre sí animadamente, ante los lavabos y espejos de la sala. Cerró la puerta tras de sí. Su rostro tímido se ensombreció. Los ojos brillaron con algo muy parecido al miedo, mientras abría la ducha y el agua corría sobre su cabello y su rostro, copiosamente.

Sus colegas se sentían orgullosos de sí mismos. Él también. Contribuían a salvar vidas que, en otras manos, no hubiesen valido nada. Eran un cuerpo especializado posiblemente sin igual en el mundo.

Pero algo de todo aquello no acababa de gustarle. Nunca le había gustado, aunque ignorase la razón. Y ahora que sabía esa razón, se sentía realmente asustado.

Muy asustado.

Hasta entonces, todo había ido bien. Demasiado bien, quizá. Se sorprendía él mismo de que aquel fantástico proyecto médico-quirúrgico hubiera resultado. Era como montar un milagro científico sobre un castillo de arena, y comprobar que éste resistía, sin desmoronarse, solidificándose por momentos hasta convertir el edificio en una auténtica fortaleza.

¿Una fortaleza de magia, de prodigio médico, de esperanza y revolución biológica, o de horror sin límites?

Ésa era su duda. Su gran duda.

Después de la última intervención, sus convicciones aún se tambaleaban más. Estaban llegando demasiado lejos. Increíblemente lejos. Y lo raro es que resultaba. Resultaba siempre. El margen para el fracaso era enorme, inmenso. Pero nunca se daba ese fracaso. ¿Qué estaba sucediendo allí?

Inicialmente, la teoría le había parecido asombrosa. Afrontó la aventura seguro de un fracaso estrepitoso. Pero el fracaso nunca se presentó. Cada caso tratado era un éxito completo. Y un millón de dólares más a la cuenta de la Fundación Ingram.

Podía enumerar, como jefe de quirófanos, la lista completa de clientes que habían pasado por allí. Nombres estelares de la política y las finanzas. Superhombres de la Bolsa, la Banca, la industria, el poder económico mundial. Y superhombres del poder público.

Todos fueron, de un modo u otro, clientes de la Fundación en un momento decisivo, entre la vida y la muerte.

Todos salieron de allí con vida. Más que eso: todos curados. Sanos, con una larga vida por delante. Nadie encontraba caro pagar un millón por la propia vida y, además, lleno de salud.

Hasta ahí, todo había ido bien.

Y, de repente...

De repente, había descubierto el secreto. El gran secreto, celosamente velado por los prohombres de la Fundación, con el doctor Gallagher, el «relaciones públicas» Kellerman y, sobre todos, el gran Max Ingram, cerebro supremo de la entidad benéfica.

Era un secreto candente. Terrible. Estremecedor. Lo cambiaba todo. Absolutamente todo.

Supo que tenía que comentarlo con alguien, revelarle a alguna persona de su total confianza lo que sabía. No a cualquiera, porque todo era demasiado tremendo para hablar de ello. Demasiado importante y trascendental. Es lo que le daba miedo. Cuando algo así estaba en juego, todo era posible. Incluso matar...

Matar.

La idea le aterró. ÉL era médico. Cirujano especializado. Los demás también. Hasta este momento, todo se había limitado a un trabajo puramente médico. A salvar vidas. No importaba el procedimiento. No era un moralista en ciertas cosas. Aceptaba que la vida humana estaba por encima de todo. Salvar una sola de ellas, lo justificaba todo. O casi todo. Pero hasta cierto punto...

Cuando abandonó la ducha, ya no quedaba nadie en el amplio cuarto de aseo. Miró a uno y otro lado. Se sentía angustiado. Quería hablar cuanto antes con alguien. ¿Y con quién mejor que con ella, con su propia esposa?

Miró el teléfono situado en el extremo de la sala de lavabos. Un teléfono público normal y corriente. Con línea directa al exterior y funcionando con monedas. En la Fundación no había trabas para nadie, si quería comunicar con el exterior. Allí, todo era normal, sencillo, honesto, limpio. ¿Lo era, realmente?

Ahora, él sabía que no. Nada era allí lo que parecía. Él podía llamar fuera, comunicarse con cualquiera. Le bastaba echar unas monedas, marcar un número. Nada más normal que hablar un médico interno con su mujer.

Se aproximó al teléfono. Descolgó. Respiró hondo. Extrajo un puñado de monedas. Depositó algunas. Marcó un número. Pidió larga distancia. Con su ciudad, con su casa. Le indicaron la cantidad a depositar. Lo hizo, moneda a moneda. Esperó. Luego comenzó a marcar.

Una espera. El teléfono sonaba. Todo normal. Luego, un chasquido. Habían descolgado el aparato al otro extremo del hilo. La voz femenina le interpeló:

—¿Sí? ¿Quién llama? Ésta es la casa del doctor Douglas. ¿Quiere dejar algún recado, por favor?

—Stella... —musitó él, apretando con fuerza el teléfono.

—¿Sí? ¿Eres tú, Martin? No oí bien la voz...

—Soy yo, Stella. Oíste bien —musitó él.

—¡Martin! Es una alegría oírte. ¿No dijiste que venías este fin de semana?

—Así es. Iré a verte sin falta. Tengo que hablar contigo cuanto antes. Es... es muy importante. Creo que necesito hablar en seguida con alguien que me comprenda. Y nadie mejor que tú, Stella querida...

—Martin —se notó alarma en la voz de la mujer—. ¿Te ocurre algo? Pareces inquieto, preocupado por algo...

—Hay motivos para ello, créeme —resopló Douglas, nervioso, volviendo a mirar en torno suyo, al vacío recinto de aseos—. Dios mío, si hubiera sabido en lo que me metía... Estoy asustado, querida.

—¿Asustado? —repitió ella, perpleja—. ¿Por qué, Martin? Tú no eres habitualmente de esa manera...

—Claro que no. Pero si supieras...

—Si supiera... ¿qué, Martin?

—Verás. Yo... —Se detuvo. Había sonado ruido de pasos en el corredor. Rápidamente, cambió de tono, hablando con premura—. Lo siento, Stella. No puedo seguir. Te veré el viernes. No quiero que nadie me escuche, que sospeche nada de todo esto...

Y colgó con rapidez, dirigiéndose a los lavabos y abriendo un grifo. Derramó jabón líquido sobre sus manos, y comenzó a lavarlas. Un mozo de los empleados para la limpieza, asomó, comenzando a barrer por el otro extremo. El doctor Douglas se secó bajo la máquina de aire caliente, se abotonó la camisa e hizo el lazo de la

corbata, poniéndose la chaqueta y saliendo de allí definitivamente.

El mozo se detuvo en su tarea. Le vio salir. Esperó a que las oscilaciones de la puerta cesaran. Luego, parsimonioso, dejó la escoba contra un muro. Fue hasta el teléfono. No puso ninguna moneda al descolgar. Simplemente, marcó el número cero por tres veces, con rápido movimiento de dedo. Después, marcó el 333. Esperó, mientras zumbaba el aparato en otro punto.

Descolgaron. Una fría voz preguntó:

—¿Sí?

—Aquí Jeb, el mozo. El doctor Martin Douglas acaba de salir.

—Sí. Hemos interceptado su llamada. ¿Estaba nervioso?

—Lo parecía. Derramó mucho jabón líquido en el lavabo y en el suelo. Ha dejado funcionando el secador de aire sin agotar el tiempo. Y no se peinó del todo.

—Es natural —dijo la voz helada—. Está bien, Jeb. Olvida el asunto. Eso basta. Tenemos grabada su llamada. La estudiaremos ahora y pasaremos grabación al Departamento de Control de Personal, por si constituye materia de infracción grave de los reglamentos internos de la Fundación. Es todo, Jeb.

El mozo colgó, satisfecho de su cooperación con los servicios de Control de Personal, que tan rigurosa y eficazmente funcionaban en la Fundación, ignorándolo incluso los propios componentes de ese personal.

Si el doctor Douglas había quebrantado las normas, pensó, allá él con sus problemas personales y de empresa. Él se limitaba a informar, como era su tarea, y la de tantos otros, dentro de aquella modélica organización médico-quirúrgica, llamada Fundación Ingram, orgullo de su clase en el mundo entero, aunque muy pocos, sólo la gente que pudiera llamarse «de oro puro», conociera su existencia...

* * *

—Feliz futuro, señor Latimer.

—Gracias, señor Kellerman —sonrió Mark Latimer, contemplando risueñamente el cielo azul, despejado, donde el sol matinal lucía esplendoroso—. Es como volver a una vida que ya no contaba para mí...

—Comprendo lo que siente —afirmó el hombre con aspecto de brillante ejecutivo de alta empresa, erguido frente a él, impecable en su traje cortado excelentemente, como un maniquí perfecto—. Se lo dijeron cuando usted firmó su compromiso con nosotros.

—Entonces apenas supe lo que hacía. Firmé por puro instinto de conservación. A fin de cuentas, ¿qué más me daba millón más o menos, una vez muerto?

—Es uno de los factores que juegan siempre a nuestro favor... y al del paciente, en consecuencia —suspiró Kellerman—. Todo el mundo desea vivir.

—Pero no siempre se logra.

—No, no siempre. En la Fundación, sin embargo, nadie ha muerto hasta ahora.

—¿Y todos los casos eran tan desesperados como el mío?

—Peor aún. Los había virtualmente irreversibles.

—¿Y cómo se resolvieron?

—Secreto profesional —sonrió enigmáticamente Kellerman—. La Fundación es hermética en sus procedimientos. Lo importante son los resultados, ¿no cree?

—Al menos en lo que a mí respecta, sí —admitió Mark con un suspiro—. Mis libros han sido «*best-sellers*» mundiales. Eso me permitió ganar más de siete millones de dólares en tres años. Ahora he gastado uno. Y considero que una mejor pude invertir parte de mi fortuna.

—Un ataúd es más barato y duradero, señor Latimer —observó Kellerman, irónico.

—Por supuesto. Pero no lo ambiciono en absoluto. Gracias por todo una vez más.

Le tendió la mano. Kellerman la estrechó, mirándole fijamente.

—¿A pesar del millón desembolsado? —sugirió, burlón.

—A pesar de él. O gracias a él. Dígame, si hubiera sido pobre, sin medios... ¿hubiese podido disponer de esta oportunidad de oro?

—No. Rotundamente, no. Usted lo ha dicho. Era una oportunidad «de oro». Sólo para hombres de oro, para millonarios. Es lo triste de la vida. Sólo tiene derecho a ella, cuando todo va mal, el que nada en la abundancia. La muerte, digan lo que digan, sigue siendo un lujo exclusivo para pobres...

—Pero algún día llegará. Y ya no servirá de nada mi dinero —

suspiró Mark.

—Si, es cierto. Pero ¿quién le quitará entonces los cincuenta, sesenta o setenta años de plena salud y vitalidad de que va a gozar a partir de ahora?

—¿Eso se me puede garantizar, realmente?

—Lo tiene garantizado ahí —le señaló el sobre lacrado que le entregara poco antes—. Si le sucede algo de tipo físico en un mínimo de treinta años, la Fundación correría con todos los gastos para devolverle la salud.

—Ésa es una garantía insólita.

—También es insólito devolverle a la vida con su organismo completo, señor Latimer. Y usted lo sabe.

—Sé que no tenía apenas hígado, ni bazo ni estómago, que mis pulmones sufrían un grave edema, mis costillas estaban rotas y mis piernas destrozadas. Ahora regreso a la vida completamente normal, sabiendo que tengo todos mis órganos y miembros en perfecto estado. Y sigo sin comprender cómo sucedió.

—Lo importante es que sucedió, ¿no?

—Sí. Pero me gustaría conocer la forma en que el milagro fue posible.

—Eso no figura en el contrato. No estamos obligados a informarle de nuestros métodos.

—En cambio, sí figura en mi contrato una cláusula muy especial, por lo que he podido saber: me comprometo a no informar públicamente a nadie, medios informativos o bien oficiales, del lugar donde fui atendido de mis dolencias y heridas.

—Eso es. De todos modos, nadie puede evitar que usted revele eso a alguien. Sólo que oficialmente, nada consta aquí sobre usted. Si afirma que nosotros le atendimos, será negado por el Patronato de la Fundación. Y nadie nos podrá quitar la razón.

—¿A qué todo ese misterio en torno a una obra tan beneficiosa como es volver la vida a casos desesperados como el mío? —Se extraña Mark.

—Somos muy modestos —sonrió Kellerman, sardónico—. Bástale saber que nuestros procedimientos clínicos de regeneración de tejidos, trasplantes sin rechazo y una serie de avances quirúrgicos realmente extraordinarios, puestos al servicio de esta entidad benéfica, han resultado positivamente en su caso y en

muchos otros. Eso debe bastarle.

—Me basta, se lo aseguro —sonrió a su vez Latimer, tendiéndole la mano cordialmente—. Algún día, escribiré un «*best-seller*» sobre este tema, créame.

—Hágalo. Pero recuerde: nada de mencionar la Fundación. Todo lo que le dieron sus libros más vendidos no bastarían para pagar la indemnización a esta entidad cuando fuese demandado por ella alegando falsos datos y atribuyéndonos cosas que jamás hicimos.

—Eso parece una amenaza —hizo notar Latimer, sorprendido, con cierta frialdad en su voz en ese momento. Y clavó los ojos grises y duros en su interlocutor.

—Tómelo como quiera, señor Latimer —sonrió de nuevo Kellerman, con su afable aire de perfecto ejecutivo—. Lo importante es que nos debe la vida, la salud y el vigor de su joven persona. Es lo que cuenta en estos momentos. Feliz retorno al mundo, amigo mío... Ah, por cierto. Su hermano nunca supo dónde estaba internado, pero le tuvimos informado puntualmente. Le espera en su domicilio, porque sabe que hoy regresa allí. No le defraude, se lo ruego...

Y regresó al interior de la residencia, dejando que Mark Latimer se alejara a su vez, sendero adelante, hacia la puerta de la alta verja que rodeaba la Fundación. No había allí taxis ni vehículos privados. Sólo unas furgonetas de la propia Fundación, al estilo de coches de alquiler pagados por la entidad benéfica. Uno de ellos le dejaría en la cercana ciudad.

Pero eso sí: el viaje hasta la ciudad fue totalmente a oscuras para él, ya que los asientos en la cabina posterior de la furgoneta, carecían de ventanas o aberturas al exterior que le permitieran seguir la ruta del vehículo.

Así, cuando el vehículo le dejó en la cercana población, no tenía la menor idea de su punto de origen ni del emplazamiento de aquella residencia perteneciente a la, al parecer, todopoderosa y enigmática Fundación Ingram.

CAPÍTULO IV

Steve Latimer abrazó fuertemente a su hermano. Luego le contempló, emocionado, mientras él sonreía y estrechaba cordialmente la mano de la otra persona que acompañaba a su entrañable familiar, la joven de cabellos castaños y ojos pardos, que acababa de levantarse de la mesa donde tecleaba en una pequeña máquina portátil, recogiendo directamente de un magnetófono las palabras que la voz del propio Mark emitían.

—Mi querido Mark... —suspiró Steve con voz ronca, conmovida—. Pensé que no te volvería a ver, ni vivo ni muerto.

—Estuviste en un tris de acertar, Steve —sonrió ampliamente al joven escritor—. Ya me habían desahuciado los médicos.

—Lo sé, lo sé. No sabes lo que he intentado por dar contigo de alguna forma, Mark. En aquel hospital comarcal donde te atendieron de primera urgencia, me dieron las peores noticias del mundo. Según ellos, estabas virtualmente cadáver, en estado de coma preagónico, con el hígado destrozado, el bazo roto, el estómago medio extirpado, las piernas rotas por siete u ocho sitios, y con una gangrena gaseosa ya en pleno desarrollo... En fin, que no había por dónde cogerte. Y de repente apareces así, en plenitud de facultades, físicamente saludable, fuerte, perfecto... Oh, cielos, no entiendo nada, Mark. Aquellos miserables médicos me engañaron ferozmente...

—No, Steve, no te engañaron. Ellos creían lo que te dijeron. Me extirparon parte de esos órganos, destrozados por el accidente. Y me consideraron un caso perdido cuando entré en coma.

—¿Entonces...? —Steve Latimer enarcó las cejas—. Ellos dijeron... que habías firmado una autorización para que te internaran en una cierta Fundación Ingram, de la que no me ha sido

posible conseguir dato alguno, ni tan siquiera el domicilio de sus oficinas, si bien me dijeron en el Departamento de Sanidad que no me preocupase, que esa Fundación era un centro benéfico con los mejores médicos y especialistas del país, y que quien ingresaba en ella, estaba virtualmente salvado.

—Si, es un centro muy misterioso y nada dado a la publicidad —sonrió Mark, asintiendo. Miró a la joven mecanógrafa, que volvía a su trabajo, y la preguntó con voz afectuosa—: ¿Qué tal va todo, Cheryl?

—Bien, señor Latimer —suspiró ella—. Estoy copiando las últimas grabaciones que me dejó, de su novela incompleta...

—Creo que archivaremos por el momento esa novela —sonrió de nuevo Mark con más optimismo—. Mi permanencia y curación en esa Fundación Ingram me ha dado una idea para un relato distinto y emocionante. Pero puede seguir trabajando en eso mientras ordeno mis ideas, Cheryl.

—Como usted diga, señor Latimer —ella bajó los ojos, tímidamente—. Me he alegrado mucho de verle vivo y con tan excelente aspecto. Ya le daba por muerto, como el señor Latimer, su hermano.

—Yo mismo no empecé a creer en el milagro hasta verme en radiografías y examinar mis análisis. Estoy perfectamente, Steve. Como antes del accidente o mejor. Incluso aquel catarro crónico de tipo bronquial ha desaparecido totalmente. ¿No es maravilloso?

—Es increíble, sinceramente. Por cierto, Mark, ¿es verdad que firmaste la aceptación de un pago de un millón de dólares transferidos a una cuenta de esa Fundación, antes de ser tratado por ellos?

—Muy cierto, sí. Supongo que te dieron el comprobante...

—Conservo copia del documento que firmaste con la Fundación. Es lo más extraño que vi en mi vida.

—¿Porqué?

—Nadie puede garantizar a persona alguna la vida durante tantos años. Sólo Dios tiene en sus manos el derecho a la vida y la muerte de los hombres, Mark.

—Lo sé. Ellos no te garantizan la vida eterna ni la juventud milagrosa, Steve. Sólo la vida y salud durante un tiempo natural, hasta envejecer. Tal vez Dios no encuentre tan mal que los propios

hombres alarguen la vida y el estado de salud de sus semejantes.

—Pero Mark, no me dirás que ahora... te han regenerado los órganos mutilados o extirpados...

—Así es —afirmó tranquilamente Mark—. Mi radiografía te lo demostrará.

—Pero... pero entonces... tienen que usar técnicas de trasplantes y todo eso, sin rechazo alguno.

—Evidentemente, las usan.

—Y tus piernas destrozadas... No he observado siquiera que cojees levemente.

—No cojeo. Tengo las piernas en perfecto estado.

—Dios mío, eso no es posible.

—Recuerda que he pagado por ello un millón. Una cifra muy alta para un servicio médico vulgar. No, Steve. Ellos no son vulgares. Ni en el precio ni en los resultados.

—Empiezo a pensar así, Mark. Es como un milagro. ¿Qué otros pacientes tienen en esa Fundación?

—No lo sé. No he visto a ninguno.

—¿A ninguno? ¿Cómo es eso?

—Ocupábamos pabellones diferentes. Sólo me fue dado ver a unos hombres jugando a golf y unos muchachos al béisbol. Me dijeron que eran pacientes de otro tipo, nada especial. Pero no me aclararon más. Son muy herméticos allí. Mantienen una reserva total sobre su clientela.

—Dímelo a mí —suspiró Steve Latimer—. Me telefonearon en tres ocasiones, para decirme, simplemente, que estabas a salvo y en perfectas condiciones, y que nada tenía que temer. Que pronto te reunirías conmigo. Eso fue todo.

—Sé que había otros pacientes, al menos tres en otros tantos pabellones del centro sanitario —explicó Mark, pensativo, paseando por la estancia—. Debían de ser importantes. Pero no supe quiénes eran ni llegué a verles nunca. Una bella enfermera que me atendía allí estuvo a punto de hablarme algo sobre ellos. Pero no lo hizo.

Dirigió una ojeada curiosa a un diario de la mañana que su secretaria, Cheryl Robson, tenía cerca de la máquina de escribir. Frunció el ceno al leer la noticia de primera página:

MARISCAL WROSLAW VANYAK. SE RUMOREA QUE ESTA FUERA DE SU PAÍS, DE INCÓGNITO, PARA SER ATENDIDO DE UN MAL INCURABLE. CRISIS EN EL PACTO DE VARSOVIA A CAUSA DE LA AUSENCIA DEL LIDER DEL ESTE».

—Vaya, apenas salgo de mi torre de marfil, me enfrento a nuevas tensiones y problemas internacionales —suspiró Mark, moviendo la cabeza—. Había llegado a olvidar que existiera la política y la crispación mundial.

—Eso es algo que no cesa nunca —rió su hermano—. Vanyak es un hombre clave en el conjunto de los países del Este. Su desaparición de la escena pública empieza a desatar toda clase de rumores. Desde que ha sufrido un atentado mortal, hasta que agoniza víctima de un tumor generalizado. Pero no son más que eso: rumores. Sus aliados del Pacto guardan silencio también. Creo que ni ellos saben dónde está ahora el Mariscal Vanyak.

—Muy alentador todo —gruñó Mark, apartando el diario de un manotazo—. Bien, hermano. He vuelto, y eso significa algo. Vamos a irnos de vacaciones unos días, tratando de olvidar todo lo ocurrido. Mientras tanto, iré preparando la nueva novela.

—¿Sobre la idea que te ha sugerido tu permanencia en esa misteriosa y mágica Fundación? —sonrió irónico Steve.

—Sí, creo que sí. Es sólo una idea, como tú dices. Debo darle forma.

—No le veo otra salida que escribir un «*best-seller*» de Medicina-ficción —comentó trivialmente su hermano.

—¿Medicina-ficción? —indagó Mark, volviéndose hacia él, con gesto meditativo—. Sí, no deja de ser una posibilidad... Pero necesitarías para ello que esa Fundación, en vez de ser altruista y devolver vida y salud a sus pacientes, aunque sea a cambio de una gran suma de dinero, tuviera algo oculto, una intención secreta y maligna, pongamos por caso.

—Devolverte a la vida, lleno de vigor y energía, no parece nada siniestro, Mark. Después de todo, una vida humana bien vale un millón de dólares.

—Eso es bien cierto. Me siento profundamente agradecido a toda esa gente. Ha vivido en un clima apacible, hogareño y confortante hasta ser dado de alta. No había nada perverso ni

oscuro en todo aquello. Y sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué? —se extrañó Steve Latimer, mirando con cierta sorpresa a su hermano.

—No sé... Es algo raro, Steve. Quizá esté siendo demasiado suspicaz sin motivo, pero... hay algo en todo esto que no me gusta. Y ni siquiera tengo la menor idea del motivo para pensar tal cosa...

* * *

Stella Douglas sirvió los vasos de *whisky* y les puso cubitos de hielo que tintinearón musicalmente en el líquido. Los llevó a la terraza donde la esperaban sus invitados. Los mecanismos de riego por aspersión estaban funcionando. El aire olía a humedad y a hierba fresca. La tarde era apacible y tranquila.

—De modo que los dos os vais de viaje el mismo día —comentó sonriendo algo forzada, con la mirada distante, perdida en el verde paisaje que rodeaba la finca, mientras depositaba los vasos en la mesa metálica, bajo el porche, y ella se reservaba para sí misma una copa de zumo de frutas con el borde escarchado de azúcar empapada en naranja.

—Pues sí, así es —afirmó su visitante masculino, moviendo la cabeza con energía—. Pero te aseguro que es simple casualidad, Stella. Ni Leslie ni yo nos habíamos visto desde hace algún tiempo. Ella estaba con sus reportajes sobre ese político africano a quien intentaron asesinar en un atentado durante la Conferencia de Países Africanos en Dakar, el general Gao Ombele, ¿no se llama así, Leslie?

—En efecto —suspiró la joven sentada frente al que había hablado, tomando un sorbo de *bourbon* con hielo—. Ese robusto negro, de tanta influencia en África, estuvo a punto de morir a manos de un terrorista. La historia de siempre. Permanecí en Dakar primero, y en el país del general después, hasta saber que estaba fuera de todo peligro. Fueron unos reportajes apasionantes, pero viví un clima tenso y difícil. En muchos países de África te sientes como caminando sobre un volcán a punto de entrar en erupción.

—El mundo entero está así —juzgó la joven anfitriona, con gesto entristecido—. Si lees los periódicos, escuchas la radio o ves la televisión, no cesan de martillearte con noticias horribles y penosas, Leslie. ¿Adónde te diriges ahora?

—Posiblemente a Europa —dijo la joven y bella periodista—. Mi semanario cree que puede haber allí noticias importantes en breve, a causa de los rumores sobre el estado de salud del mariscal Vanyak, y un posible levantamiento de varias provincias de su país contra el totalitarismo del Este. Eso sí que puede ser noticia.

—Y pillarte a ti en medio, Leslie, con todas sus consecuencias —hizo notar el hombre, cruzándose de piernas con un leve bostezo—. Yo no estoy ahora para emociones fuertes, después de lo que ha pasado. Me voy a ir al Pacífico, a cualquier isla apacible, a preparar mi próxima novela. Eso será todo lo que haga, al menos durante un mes: bañarme en las aguas tranquilas de una playa solitaria, comer y beber, pasearme en mi yate por los alrededores de las islas, y emborronar cuartillas en busca de una idea definitiva.

—No hay como escribir «*best-sellers*» de millones para poder vivir como un rey en el exilio —suspiró Leslie Craig, sonriendo—. Me das una envidia tremenda, Mark. Pero yo jamás podría pasar un mes con una vida tan bucólica. Llevo la acción en mis venas, y disfruto con las emociones y los riesgos.

—Pues para ti todos, querida —rió Mark Latimer jovialmente—. Cuando escribas un «*best-seller*» con tus experiencias por el mundo, seguro que harás como yo. Pero estamos hablando demasiado de mí y muy poco de ti, Stella, amiga mía. Habíamos de tu vida, de Martin, de todo eso...

—Hay poco que contar —suspiró ella con cierta amargura—. Mi vida es muy tediosa estando aquí sola, sin él. Y como no vienen los hijos que esperamos y deseamos, la soledad es aún mayor.

—Pues ¿dónde tienes a Martin ahora? —quiso saber Leslie, con curiosidad muy femenina.

—Oh, lleva ya casi un año lejos de su casa y de mí. Gana mucho dinero, es cierto. Pero nunca le veo. Se ocupa de llevar una especialidad en un centro médico muy importante. Y allí es poco menos que imprescindible. Es lo malo de casarse con un médico, Leslie. Nunca hagas algo parecido.

—Pues anda que el que se case conmigo... —rió ella de buena gana—. Creo que sólo paso en casa la Navidad y el Año Nuevo, y no siempre.

—Por cierto, le escribí a Martin sobre lo que te sucedió —dijo ahora Stella Douglas, volviéndose a Mark Latimer con trivialidad—.

Pero no debió recordarlo al responderme, porque no hacía la menor mención a tu accidente o tu actual estado de salud...

—Siempre ha sido algo distraído —sonrió Mark—. Y si tiene tanto trabajo en su nuevo puesto, es natural que se le olvidase el hecho. De todos modos, he salido muy bien librado de ello, y yo también deseo olvidarlo cuanto antes.

—Las noticias que tuve de tu accidente me aterrorizaron —dijo Leslie, mirando con simpatía al escritor—. Luego comprendí que es lo de siempre; los primeros rumores son los más alarmantes en casos así. Te veo magnifico, de modo que el accidente no pudo ser tan grave...

—No, no lo fue —dijo Mark, evasivo—. La prueba es que estoy aquí con vosotras... Me ha alegrado mucho verte, Leslie, al venir a despedirme de mis amigos.

—A mí también, Mark —dijo ella, y al volverse hacia Stella, notó a ésta con la mirada perdida en la distancia, el gesto preocupado. Trató de interesarse—. ¿Te ocurre algo, Stella?

—Oh, no, nada... —Trató de sonreír a viva fuerza la dueña de la casa—. No es nada. Estaba pensando en Martin, eso es todo...

—Le echas mucho de menos, ya veo —suspiró Mark—. ¿Por qué no vas a verle, a reunirte con él unos días, en la localidad donde trabaja?

—No puedo —rechazó ella vivamente.

—¿Por qué? —se extrañó Mark.

—Porque no sé dónde trabaja.

Mark Latimer y Leslie Craig cambiaron una mirada de repentino estupor. Luego, miraron ambos a su común amiga.

—Temo no entenderte bien —habló Leslie—. ¿Seguro que no sabes dónde trabaja?

—Totalmente seguro. Recibo noticias de él regularmente, le escribo a un apartado postal, y eso es todo.

—Pero ese apartado estará en algún lugar determinado... —señaló Mark.

—Sí. En Los Angeles. California es muy grande. No creo que resida siquiera en la propia ciudad de Los Angeles. Es algo que he deducido por algunas de sus cartas.

—Eso no resulta muy regular, Stella —apuntó Mark Latimer—. Todo el mundo sabe dónde trabaja un esposo que es médico y

ocupa Un cargo determinado... Sabrás al menos el nombre del hospital, del centro donde ejerce sus funciones...

—Nada de nada —musitó la anfitriona—. Hubo un momento en que llegué a pensar que trabajaba para el Gobierno, en alguna base secreta del ejército o cosa parecida... hasta la llamada del otro día.

—¿Llamada? ¿Qué llamada? —El interés de Mark ahora era profundo. Después de todo, hacía unos años que Stella y Martin Douglas eran buenos amigos suyos.

—Una telefónica que recibí ayer... Por primera vez me asusté.

—¿Asustarte? ¿Por qué? —La extrañeza de Leslie era evidente por su tono.

—Martin... Martin tiene miedo.

—¡Miedo! —repitió Mark, arrugando el ceño—. Eso no tiene sentido. ¿Miedo a qué? ¿Está metido en algo... digamos ilegal?

—No me lo dijo. No parecía esa clase de miedo, Mark —Stella retorció sus manos entre sí—. Iba a revelarme algo, cuando pareció más asustado aún y me dijo que vendría a verme este próximo viernes para confesarme algo que le atormentaba. Se quejó de que si hubiera sabido en qué se metía, jamás hubiera aceptado su trabajo actual... Su voz... su voz parecía la de otro hombre, pero era la suya, la conocí muy bien. Sólo que era la voz de una persona aterrorizada por algo...

—Bueno, el viernes saldrás de dudas posiblemente —dijo Mark con indolencia, levantándose de su asiento—. Y seguramente todo se deba a un exceso de nervios por parte de tu marido. El trabajo permanente e intensivo, lejos de la esposa y del hogar, altera al más sereno. De todos modos, como pasaré por Los Angeles, camino del Pacífico, te prometo tratar de dar con él allí y charlar un rato.

—No lo encontrarás —murmuró Stella Douglas—. Estoy segura de que no lo encontrarás. Ese lugar donde él trabaja, ese hospital o lo que sea... parece demasiado secreto, demasiado misterioso y oculto para ser algo normal...

Mark y Leslie cambiaron otra mirada. La periodista se encogió de hombros. Momentos más tarde, ambos jóvenes salían de la finca. Se detuvieron en la acera de la avenida flanqueada de álamos y se miraron de nuevo en silencio.

—Me preocupa Stella —confesó Leslie.

—Y a mí. Pero también me preocupa Martin.

—¿Crees que sea cierto lo que le dijo por teléfono?

—No sé. Martin nunca fue un hombre impresionable. Un cirujano como él no podría serlo. Llegué a oír a otro médico comentando que, si él quería, podía ser el mejor cirujano de los Estados Unidos. Un hombre templado, sin nervios, frío y sereno como pocos... Un hombre así, difícilmente se deja influir por tonterías, Leslie.

—Creo que tu instinto de novelista te hace ver tremendos misterios donde no los hay —rió suavemente Leslie, caminando hacia su moderno deportivo color rojo, aparcado ante la casa.

—Es posible. Pero recuerda: ni siquiera Stella conoce el emplazamiento o nombre del hospital para el que trabaja Martin. Raro, ¿no?

—Sí, eso es cierto —admitió ella, saltando la portezuela y sentándose al volante—. ¿Te llevo a alguna parte?

—No, gracias. Tengo mi coche allá enfrente aparcado. Voy al centro a hacer unas cuantas cosas. Esta misma noche salgo para California, donde espera mi yate, que me llevará por el Pacífico...

—Hoy es jueves. Tendrás poco tiempo para buscar a Martin Douglas.

—Sí, lo sé. De todos modos, parece difícil que dé con él, si lo que dijo Stella es cierto. Los Angeles es una gran urbe. Y California entera es demasiado territorio para localizar un centro médico desconocido.

—Estoy segura que mañana mismo, por la noche, Martin estará aquí para reunirse con su esposa, y todo esto dejará de significar una preocupación para ella, Mark —dijo Leslie poniendo el motor en marcha. Tendió su mano a Mark—. Hasta otra, amigo mío. Que escribas un gran libro en tu paraíso isleño.

—Y que tú puedas escribir grandes crónicas de Europa, sin verte metida en líos con las autoridades del Este... —sonrió Mark, tras apretar la mano de la joven y cruzar la calzada con larga zancada.

—Al menos lo intentaré —prometió ella, riendo de buena gana, antes de arrancar con su coche a toda velocidad, alameda abajo.

Mark la vio partir. Alcanzó su propio coche. Subió a él. Se sentó al volante, ceñudo. Clavó los ojos en los altos setos y la cerca que rodeaban la propiedad de los Douglas.

—Es raro... —comentó—. Muy raro... Me pregunto si...

Pero dejó en el aire su pensamiento expresado en un murmullo, y también él partió, rumbo al centro urbano de la ciudad.

CAPÍTULO V

Ciertamente, Los Angeles era una gran urbe. Demasiado grande para encontrar a un hombre en menos de diez horas, con los solos datos de su nombre y profesión. Tras una rápida revisión de los teléfonos urbanos, en una guía, comprobó que Martin no tenía teléfono a su nombre en parte alguna. Los únicos Martin Douglas de la guía, resultaron ser un fotógrafo, un carpintero, un lampista, un financiero y un abogado criminalista.

Buscó en la oficina postal. Naturalmente, se negaron a darle el menor dato sobre el abonado Martin Douglas y su Apartado postal. Era secreto que el servicio de Correos de los Estados Unidos solo podía facilitar mediante una orden federal.

Entonces recurrió al Anuario Médico y al Colegio Oficial de Médicos de California. Una consulta por teléfono y una visita a unas suntuosas oficinas en Wilshire, no le dieron el menor resultado. Oficialmente, Martin Douglas, médico cirujano, especializado en Cirugía General, no existía en la ciudad de Los Angeles.

Mark Latimer empezó a sentirse vencido. Le quedaban sólo cinco horas para hacerse a la mar con su yate, anclado en la bahía. No quería demorar su salida hacia lugares más tranquilos y apacibles. Pero le preocupaba su viejo compañero de estudios.

Comió en un *snack*, frente a la Playa del Rey, en las proximidades de Culver Boulevard. Había cerca una marisquería haciendo tentadores guiños luminosos. Pero Mark no tenía apetito. Una ración de crustáceo a la plancha, adobado con salsa y guarnición de almejas vivas era toda una tentación para un buen *gourmet* como él, pero no se sentía con ganas de comer exquisiteces. No estaba de humor para ello.

Tomó una media botella de vino tinto, eso sí, para acompañar el

steack guarnecido de guisantes, patatas y zanahorias. Estaba apurando la última copa, mirando ensoñadoramente el mismo mar que iba a alejarle del ajetreo ciudadano de su país, cuando tomó una brusca decisión.

Fue al teléfono. Pidió el número de la Oficina Federal de Investigación en San Francisco. Se lo dieron de inmediato y lo marcó. Poco después, la fría y eficiente voz de una funcionaria de la centralita telefónica le atendió:

—Oficina Federal de Investigación en San Francisco —dijo— ¿Quién llama, por favor?

—Mark Latimer. Es urgente. Deseo hablar con el agente federal Morgan Welsh, de esa oficina.

—Un momento, no se retire —dijo el soniquete femenino.

Mark esperó. Al fin, una voz viril, enérgica, llena de vitalidad. Una voz que él conocía bien:

—Morgan Welsh al habla. Dígame. ¿Es el mismo Mark Latimer que yo imagino?

—El mismo, viejo zorro. Entero, vivo y lleno de ganas de irse lejos de todo esto y descansar en una isla del Pacífico.

—Por lo que tengo oído, Mark, te sobra dinero para eso y mucho más. Eres famoso y rico. Tus libros se venden como caramelos a la puerta de un colegio. ¿Qué quieres de mí? ¿Material para escribir un «*best-seller*» sobre el FBI?

—Es posible que alguna vez piense en ello. Pero no ahora. Me interesa mucho más un libro sobre médicos y clínicas, viejo amigo.

—Me parece estupendo. Dime el título y lo compraré. Pero ¿sólo para eso te has acordado de que existo, después de casi un año de no saber nada de ti, salvo por los suplementos literarios de los periódicos?

—No, no es sólo para eso, Morgan. Quería hablarte de un accidente que sufrí...

—Lo he leído en su día. Me apresuré a interesarme, por ti, y me dijeron que estabas agonizando. Poco más tarde, me enteré de que te hallabas fuera de peligro en otro centro médico privado. Y luego leí que habías salido sano y salvo de todo ello. Me alegré mucho, aunque no pude localizarte en ninguna parte para darte mi enhorabuena. ¿Algo relacionado con ese accidente?

—Sí, eso es.

—Bueno, espero que no fuese provocado por un lector demasiado furioso con tu último libro... —rió el federal de buen humor.

—Puedes estar seguro que no se trata de eso. Me curaron y me salvaron en un lugar conocido como Fundación Ingram.

—Oh, sí, he oído hablar de esa institución benéfica como algo extraordinario. Me alegra que fueran ellos los que te salvaran la vida.

—¿Por qué? ¿Qué sabes tú de la Fundación Ingram?

—Diablo, lo que mucha gente sabe: que se ocupan de pacientes muy especiales, capacitadas para aportar importantes donativos a la entidad a cambio de sus servicios. Luego, creo que esos donativos sirven a la Fundación para montar centros benéficos, médicos y de alimentación, en países desarrollados del Tercer Mundo.

—Todo muy encomiable. Pero sabrás también dónde tienen sus oficinas o su centro de donativos esa gente... E incluso sus centros médicos de asistencia...

—¿Y tú no sabes eso, habiendo sido tratado por ellos? —se extrañó Welsh.

—No sé nada de nada. Es una gente muy misteriosa. Entré allí en coma. Salí dentro de un vehículo cerrado herméticamente, que me condujo durante bastante tiempo a través de lugares que desconozco, hasta dejarme en un aeroclub privado, donde una avioneta me trasladó a Chicago. Es todo cuanto sé al respecto. Me pidieron discreción y yo lo acepté como parte del tratamiento.

—Bueno, ¿y qué? Como entidad benéfica, pueden actuar como gusten, siempre que sus pacientes sean bien atendidos y no sufran estafas o coacciones. ¿Fue ese tu caso?

—No. Pagué una elevada suma por mi curación. Pero firmé ese contrato por mi propia voluntad y no me arrepiento de nada. De no hacerlo, ya estaría muerto.

—Entonces... ¿a qué viene todo esto?

—Necesito ahora ponerme en contacto con la Fundación. Supongo que el FBI puede facilitarme ese dato.

—Te equivocas. La Fundación es perfectamente legal y está registrada en el Departamento de Sanidad y en la Asociación Nacional de Entidades Benéficas, pero no dispongo de sus señas ni creo que sea fácil obtenerlas. A menos, naturalmente, que hubiese

algo de auténtica trascendencia nacional que lo exigiera.

—De modo que no puedo averiguar dónde está la Fundación, ni siquiera una de sus oficinas, aunque quiera darle un donativo generoso por mi salvación...

—A través nuestro, no. Publica un anuncio, por ejemplo. Quizá entonces puedas establecer contacto con ellos. ¿Seguro que todo está bien y no ocultas algo, Mark?

—Seguro, sí —suspiró Latimer con gesto de desaliento—. Gracias por todo, Morgan. Te llamaré otro día, a mi regreso del Pacífico.

Colgó. Le parecía absurdo aquel silencio en torno a la Fundación. Pero Morgan Welsh le había dado la solución. Pondría un anuncio en los diarios de Los Angeles y recogería la respuesta a su regreso del Pacífico. No había otro remedio.

Fue a las oficinas de publicidad de una agencia, e insertó un anuncio en dos periódicos de Los Angeles, para una semana, ofreciendo un donativo espontáneo, «en prueba de gratitud por mi curación», a la Fundación Ingram, con quien deseaba conectar de alguna forma. En la propia Agencia le dijeron que recogerían para él, en un determinado Apartado postal, la posible respuesta, hasta su retorno a los Estados Unidos.

Abandonó la oficina. Ya caía la tarde. La brisa del litoral era fresca y húmeda, tonificante con su fuerte olor a yodo y salitre. Eran visibles las embarcaciones pesqueras, haciéndose lentamente a la mar, mientras regresaban a la costa las embarcaciones de recreo y las lanchas deportivas.

Mark adquirió un periódico en un puesto de venta de publicaciones y tabaco. Se encaminó al puerto deportivo, hojeando las páginas con olor a tinta de imprenta.

De repente, se quedó como clavado en el suelo. Estaba desplegada ante él la página de sucesos del diario. Sobre tres columnas, aparecía un titular que llamó su atención como un mazazo directamente asestado en su cráneo:

«MISTERIOSO ASESINATO EN LA AUTOPISTA ESTATAL
101. UN JOVEN MEDICO, IDENTIFICADO COMO EL DOCTOR
MARTIN DOUGLAS, MUERE EN SU COCHE, ALCANZADO POR
UN DISPARO DE RIFLE A DISTANCIA, A LA ALTURA DE SAN

—Oh, no... —jadeó, estrujando el diario entre sus dedos, con repentino horror y desolación—. Eso no, Martin, viejo amigo... Eso, no...

* * *

—Por favor, señorita. Larga distancia, con Chicago. Es muy urgente.

—Sí, señor. ¿Cobro revertido?

—No, no. Pago directo, se lo ruego.

—Bien. Deposite cinco monedas de medio dólar, por favor. Si va a hablar mucho tiempo, tenga preparadas otras monedas de igual valor...

—Ya las tengo —dijo Mark Latimer fríamente, depositando los montones de piezas de cincuenta centavos sobre el teléfono de la cabina de aquel bar emplazado frente a la playa oscura y silenciosa—. Apresúrese, por favor.

—Puede marcar el número directamente, señor.

Mark respiró hondo, empezando a hacer girar el dial de forma nerviosa. Por fin, el número de Stella Douglas, en Chicago, estableció contacto. Esperó. El teléfono sonaba insistentemente. Nadie lo descolgó.

Latimer colgó. Miró su reloj. En Chicago era una hora más avanzada de la noche, pero estaban a viernes. Stella debía esperar en casa al marido que nunca llegaría ya...

Acababa de ver su cuerpo en la Morgue local. Lo había identificado. Sí, era él, Martin Douglas, médico cirujano, viejo compañero de estudios. Muerto de un balazo en la frente. Un disparo increíblemente preciso, hecho a gran distancia según los expertos de la policía. Seguramente un rifle con mira telescópica. El momento del disparo había sido en una curva de obligada reducción de velocidad. Tal vez desde un puente cercano, según el oficial de Homicidios. El disparo de un auténtico profesional, sin duda. El doctor Douglas murió en el acto.

Cosa rara. En su coche llevaba un revólver calibre 38, cargado

con seis balas, en la guantera. El médico no parecía demasiado convencido de su seguridad personal. Creían que el arma era de compra reciente. Indagaban en San Diego para localizar su posible tienda de adquisición. No. Douglas no tenía permiso de armas de fuego. Mark recordaba que su amigo no sabía disparar. Se lo había dicho a la policía.

Le habían pedido que no se ausentara todavía de Los Angeles. Prometió no hacerlo. Al diablo el viaje al Pacífico y sus islas. No sentía ganas de hacerlo ahora. Había telefonado a bordo, donde disponía de un potente radioteléfono. Cheryl, su secretaria, le había atendido. No habría viaje por el momento. Quedaba suspendido hasta nueva orden.

Probó suerte llamando otra vez. El timbre siguió repiqueteando. Colgó y volvió a intentarlo. La tercera vez tuvo suerte.

Descolgaron. Una bronca voz de hombre le interpeló:

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Perdone. Tal vez me equivoque. ¿La señora Douglas?

—Lo siento —dijo la voz—. No está. ¿Quién llama?

—Un amigo desde Los Angeles. Mark Lati... —se interrumpió. Con voz más dura y fría interpeló—: Espere. ¿Quién es usted?

Clic.

Habían colgado. Así, sin más. Se puso rígido. Volvió a llamar. El teléfono sonó seis, siete, ocho veces. Nadie lo descolgó de nuevo. Mark encajó las mandíbulas. Colgó. Esta vez no llamó al mismo número. Pidió a la centralita el número de la policía de Chicago. Llamó luego.

—Aquí la central de la Policía Metropolitana de Chicago —dijo una voz monocorde—. ¿Quién llama?

—Mark Latimer, desde Los Angeles —dijo—. Sospecho que algo le sucede a la señora Douglas, esposa del doctor Douglas, ahí en Chicago. Vive sola. Pero hay un hombre en casa. Han asesinado a su marido en esta ciudad. Posiblemente ella misma corre peligro ahora. Investiguen urgentemente, por favor.

—¿Dónde vive esa señora? —quiso saber el funcionario.

Mark le dio las señas. Le pidieron más datos suyos. Los facilitó y colgó. Nervioso, encendió un cigarrillo y salió de la cabina. Esperaba que todo fuesen sólo figuraciones suyas. Pero no le gustaba nada todo aquello. Tampoco le había gustado la voz de

hombre que oyó al otro extremo del hilo, en la casa campestre de Stella Douglas.

Miró su reloj repetidas veces. Respiró hondo. Paseó por Pacific Avenue un rato. Luego regresó a la cabina. Marcó de nuevo larga distancia, con Chicago. Conectó con la policía.

—Soy Mark Latimer, de Los Angeles —dijo—. Espero noticias sobre Stella Douglas, esposa del doctor Douglas...

—No se retire —le pidió una voz—. El teniente Brent quiere hablar con usted.

Mark asintió, impaciente, esperando. Otra voz, más ruda y cálida, le interpeló:

—¿Señor Latimer? ¿Usted fue quien nos avisó para ir a casa de Stella Douglas?

—Sí —afirmó Mark, en tensión—. Yo mismo. ¿Qué han averiguado?

—Lo siento, señor Latimer. Llegamos tarde.

Mark palideció intensamente. Aferró el teléfono con de dos crispados.

—¿Qué quiere decir eso, exactamente, teniente? —preguntó con voz ronca.

—Alguien había atacado a la señora Douglas en su casa. Parecía muerta. Virtualmente lo está. Ha sido ingresada en el hospital, en estado de coma profundo. Sufre grave fractura cerebral. Los médicos no creen que se salve.

—Dios mío... —jadeó Mark, lívido—. Lo que me temía...

—¿Qué se temía usted, señor Latimer?

—Lo peor. Justamente lo que ha ocurrido, teniente —Mark trago saliva—. Una cosa le pido, teniente, por encima de todo.

—¿Qué es ello?

—Ocurra lo que ocurra, sea cual sea el grado de gravedad de la señora Douglas... no permita bajo concepto alguno que sea internada en un centro médico privado, dependiente de la Fundación Ingram.

—¿Por qué dice eso?

—Porque ésa, Fundación, a la que yo mismo debo la vida... mucho me temo que sea la responsable del asesinato del doctor Martin Douglas en Los Angeles, y de su esposa Stella ahí, en Chicago —declaró sombríamente Mark, colgando el teléfono con el

gesto de un hombre realmente demolido.

CAPÍTULO VI

Mark Latimer levantó la cabeza. Hizo un gesto a su joven secretaria.

—Deje eso ahora, Cheryl. Creo que no puedo seguir dictándola. Tenemos visita.

Ella asintió, dirigiendo una mirada al exterior. Por el muelle de tablas destinado al amarre de yates, venía a buen paso un hombre alto, fornido, de pelo castaño claro, muy corto, gafas de sol Rayban y camisa de vivos colores y manga corta. Parecía un turista más. Pero Mark sabía que no lo era.

Salió a su encuentro, cruzando la pasarela que unía a su pequeño yate con tierra firme. El otro alargó su brazo instintivamente, y una sonrisa se dibujó en su dura boca.

—Hola, Latimer —saludó cordial, estrechando la mano de Mark.

—Hola, Morgan —respondió el escritor—. ¿De visita turística en Los Angeles?

—Bien sabes que no —gruñó el recién llegado—. Estoy aquí por causa tuya.

—¿Mía? —Mark enarcó las cejas—. No recuerdo haberte llamado...

—Me telefoneaste, maldita sea. Hablaste de la Fundación Ingram.

—Así es. ¿Vas a darme al fin sus señas?

—Vete al diablo. Han matado a un médico en las cercanías de esta ciudad.

—Sí. Era amigo mío.

—Lo sé. También su mujer era amiga tuya. Y está muriéndose en un hospital de Chicago, víctima de un atentado en su propia casa. Tú avisaste de eso a la policía de esa ciudad.

—Sabes muchas cosas, Morgan —bromeó agriamente Mark.

—Forma parte de mi trabajo saber cosas —refunfuñó el federal—. ¿Qué lío hay en todo esto? Según el teniente Brent, de Chicago, le advertiste de que no permitiera bajo concepto alguno que la señora Douglas fuese atendida por gente de la Fundación Ingram.

—¿Y bien?

—Maldita sea, o eres adivino o sabes demasiadas cosas que yo no sé —se lamentó Welsh—. Apenas dijiste eso, la policía de Chicago y el hospital donde está internada la señora Douglas, recibieron una petición formal de la Fundación, para hacerse cargo, sin coste alguno, de la curación de la paciente.

—Me lo temía —se estremeció Mark—. ¿Lo han autorizado?

—No. El teniente tuvo en cuenta tu petición. Alegó que la señora Douglas es testigo de vital importancia para la policía y no sería trasladada bajo pretexto alguno. Ahora sí ha sido cambiada de pabellón, a uno de máxima seguridad, y bien vigilada por agentes de policía día y noche. ¿Eso te complace, Mark?

—Sí, mucho —suspiró Latimer con cierto alivio.

—¿Por qué? Esa gente de la Fundación salvó tu vida. ¿Así se lo agradeces?

—No tengo quejas respecto a mí. Pero sí respecto a los Douglas. Estoy seguro de que la señora Douglas sería su primer paciente que no saliera sano y salvo de allí, al menos oficialmente.

—¿Temes que la eliminaran?

—Sí.

—Oh, esto es de locos, Mark —se irritó Welsh, dando un manotazo—. ¿Podemos ir a tu yate?

—Claro. Entra. Tomaremos algo fresco y charlaremos. Ésta es mi casa flotante.

Momentos después, ambos se acomodaban en cubierta, bajo un toldo que les protegía del sol matinal, ante sendos vasos de refrescante bebida. Dentro, en un camarote, se oía el tecleo activo de Cheryl Craig, pasando a limpio las notas de Latimer.

—Esto es vivir —suspiró Welsh, retrepado en un asiento confortable—. Debí haber sido escritor, no federal.

—Todo tiene su lado bueno y su lado malo —le advirtió Mark, sonriendo, con la mirada abstraída, fija en el azul del mar—. ¿Insistió mucho la Fundación?

—Mucho. Un visitante pulcro y correcto, un tal Kellerman, con

aire de ejecutivo de alta empresa, insistió de modo exhaustivo. Poseen influencia incluso a nivel del Gobierno. La Casa Blanca les recomienda como una de las mejores entidades privadas de Medicina y Cirugía de todo el país. Pero el teniente Brent es de acero blindado, a prueba de embates. Se salió con la suya. La señora Douglas no ingresará en la Fundación ni aun con la recomendación personal del Presidente de los Estados Unidos.

—Eso me tranquiliza.

—Pero ¿por qué, Mark, por qué? —se exasperó Welsh, inclinándose hacia él—. Todos sabemos que existe esa Fundación, que jamás han perdido un paciente, ni siquiera en los casos más desesperados. Sabemos que importantes hombres de empresa y de política de todo el mundo le deben la vida. A ellos les gusta el anonimato, pero nosotros nos enteramos de confidencias que confirman la eficacia de esa entidad. Tú mismo admites sobrevivir gracias a ellos...

—Así es. Gracias a ellos y a un millón de dólares. Si no hubiese sido un hombre rico, Morgan, ahora estaría muerto.

—¿Eso te ha hecho sentir rencor hacia ellos?

—No, no es eso. Doy por bien empleado el millón a cambio de la vida.

—¿Entonces...?

—Sencillamente, Morgan, no me gustan los asesinatos. Y menos aún cuando sus víctimas son amigos míos.

—Creo que vas demasiado lejos. ¿Quieres relacionar al doctor Douglas y su mujer con esa entidad?

—¿Por qué no? Sé que había un médico asustado, el doctor Douglas. Trabajaba para una secreta entidad en California, de la mujer no nada sabía. Pudo ser la Fundación. Telefoneó a su mujer. Tenía miedo y quería revelar algo. Antes de emprender viaje, le asesinan de modo profesional en una carretera, cuando se dirige al aeropuerto de Los Angeles para tomar el avión de Chicago. Casi simultáneamente, en esta otra ciudad intentan asesinar a la señora Douglas. Demasiado casual, ¿no crees? Las dos personas que podían hablar de cierta entidad clínica, son eliminados por misteriosos asesinos.

—¿Y qué interés podría tener la Fundación en todo eso?

—Lo ignoro, Morgan. Soy sólo un escritor, amigo de las

víctimas, no un policía, y menos aún un federal como tú. Os dejo el honor de llegar al fondo de la cuestión a todos vosotros.

—Al diablo con eso, Mark. Es muy cómodo levantar una polvareda así y decir luego que no sabes nada. Tú has estado dentro de esa Fundación. ¿Viste allí algo raro, dudoso, preocupante?

—No, nada. Todo parecía normal, apacible, lleno de sosiego.

—Pues no lo entiendo.

—Era demasiado normal, Morgan —resopló Latimer—. Todo muy de color de rosa. Había algo que no me gustaba.

Y nunca supe qué era.

—Pero ellos se portaron honestamente contigo...

—Les interesaba, cuando menos por el millón de dólares.

Y sé que no soy un caso único. Hubo más clientes. Supongo que todos ellos gente de oro.

—¿Gente de oro? —Welsh enarcó las cejas.

—Sí, ya me entiendes: magnates, multimillonarios, personalidades mundiales... Es posible que muchos de los enfermos que ahora se hallan sorprendentemente sanos, deban eso a la Fundación. Ellos ingresaron sumas inmensas. Pero curaron milagrosamente a personas desnudadas por la ciencia médica habitual.

—Dios mío... —susurró Welsh, repentinamente ensombrecido.

—¿Qué sucede? —quiso saber Mark, mirándole con rapidez.

—No, nada... Estaba pensando en algo que sucedió hace unas semanas... El Presidente sufrió una crisis nerviosa grave...

—¿El Presidente de los Estados Unidos?

—Sí.

Mark se inclinó con gesto apremiante hacia su amigo federal. Le interpelló:

—¿Y... qué ocurrió? —quiso saber, con voz tensa.

—Fue hospitalizado. Parecía irreversible. Se le trasladó a otro hospital. El helicóptero resultó ser ajeno a ese nuevo hospital. Desapareció con el paciente. Durante todo un día, aunque se ocultó oficialmente a todo el mundo, el Presidente estuvo desaparecido. Se temió un secuestro terrorista. Pero fue devuelto por la Fundación. Estaba sano y salvo. Ya ni siquiera necesita marcapasos. Tiene un corazón fuerte, poderoso y sano. Asombroso, ¿no?

—¿Pagó también el millón?

—Creo que sí, aunque nadie me lo ha confirmado —suspiró Welsh, sombrío.

—De modo que la Fundación tiene capacidad incluso para interceptar un proceso oficial del Gobierno y actuar a su modo.

—Así parece. No podemos acusarles de nada. Salvaron al Presidente...

—Lo sé, lo sé. Parecen una entidad milagrosa. No me gusta eso, Welsh.

—A mí tampoco, la verdad.

—Hay algo detrás de todo eso. Algo demasiado grande que no alcanzamos a vislumbrar. Esto no tiene sentido. Si no hubiera muertes violentas por medio, podrían ser solamente unos fanáticos de la medicina, obrando con extraños métodos. Pero no es ése el caso. Nosotros, la gente capaz de dar un millón de dólares en efectivo, somos sorprendentemente curados de males irreversibles. ¿Por qué? ¿Por ese millón simplemente? Si poseen tal cantidad de recursos clínicos como para dar o quitar la vida, esa suma resulta ridícula, Welsh.

—Dame una teoría concreta y empezará una investigación oficial.

—No la tengo —resopló Mark, negando con la cabeza—. Pero voy a intentarlo.

—No te metas en líos. Ellos pueden ser muy peligrosos, si realmente asesinaron al doctor Douglas e intentaron lo mismo con su mujer...

—No lo olvido —sonrió duramente Mark—. Pero recuerde que, para ellos, yo solamente soy un ex-paciente agradecido. Voy a intentar explotar eso.

—¿Y si te encuentro con un balazo en la sien, como al doctor Douglas?

—Entonces, habré tirado un millón tontamente —rió sarcástico el escritor—. Porque los mismos que me dieron la vida, me la habrán quitado.

No había respuesta.

En la oficina de la Agencia publicitaria, el empleado meneó la cabeza al solicitar él la correspondencia que hubiese llegado a su casillero para el anuncio publicado en los dos más importantes rotativos de Los Angeles.

—Lo siento, señor —dijo el funcionario—. No ha habido ni una sola carta en respuesta a su anuncio. Si desea seguir insertándolo...

—No, muchas gracias —rechazó Latimer vivamente—. No hará falta ya.

Abandonó la oficina con cierta extrañeza. Era raro que la Fundación mantuviera silencio, después de ofrecer él elocuentemente, en aquel anuncio, una elevada suma, «como espontáneo donativo a la entidad benéfica que tanto ha hecho por mí», según rezaba el texto del mismo.

La Fundación no se había dado por aludida, evidentemente. Era una extraña forma altruista de comportarse, para una entidad que decía vivir de la beneficencia ajena.

Se encaminó a su automóvil. Cuando se inclinaba para abrir la portezuela, otro coche situado tras el suyo hizo sonar su claxon. Giró la cabeza. La portezuela de aquel vehículo se abrió. Asomó un rostro conocido.

—Por favor, señor Latimer, ¿quiere subir un momento? —invitó el hombre con suave voz, sonriendo cortésmente.

Mark se llevó una leve sorpresa. Recordaba bien a John Kellerman, el «ejecutivo» de la Fundación. El hombre que le hiciera firmar el contrato que significó la vida para él, a las mismas puertas de la muerte, y que luego le despidiera amablemente a la salida del centro médico.

—Oh, es usted —avanzó hacia él resueltamente—. Precisamente venía de esa Agencia, de...

—Sé de lo que venía, señor Latimer —se expresó el otro con tono correcto, pero algo seco a juicio de Mark—. Suba, se lo ruego. Daremos una vuelta mientras charlamos usted y yo de la cuestión, si no le importa.

—No, claro que no. Lo haré encantado —aseguró Mark, observando de soslayo que un desconocido, con uniforme gris oscuro y gorra del mismo color, con las siglas F. I., permanecía sentado al volante, completamente imperturbable, como si todo aquello no fuese en absoluto con él.

Se sentó Latimer en el asiento posterior, junto al elegante Kellerman, y el coche se despegó de la acera, poniéndose lentamente en marcha. Mark no observó detalle alguno sospechoso dentro del vehículo. La ventanilla estaba medio entreabierta, lo cual

alejaba toda posibilidad de reducirle mediante algún gas narcótico. Se dijo que empezaba a sacar las cosas de quicio, como si viviera un folletón de los tiempos de Fu Manchú.

—¿Por qué hizo eso, señor Latimer?

La suave pregunta de Kellerman sí le pareció engañosa pese a todo. Pese a su tono educado de voz, a su aparente cortesía, se captaba en sus palabras una cierta frialdad casi hostil.

—Por qué hice ¿qué? —quiso saber Mark.

—Ofrecer ese donativo en la prensa.

—Me siento profundamente agradecido por todo, compréndalo. Estoy volviendo a vivir intensamente mi existencia. Y cada vez me doy más cuenta de lo que hicieron por mí.

—Ya pagó por ello, recuérdelo.

—Lo sé. Para mí, la vida lo es todo. Un millón ha llegado a parecerme poco a cambio de eso.

—Extraño modo de pensar. A nadie le parece poco un millón de dólares —hizo notar secamente Kellerman.

—A todo el mundo le parece mucho la vida —replicó Mark, sonriente.

—Es posible. Pero su oferta no tiene sentido. No nos debe nada.

—Yo pienso de otro modo. Supongo que puedo hacer ese ofrecimiento espontáneo sin que ello les tenga que molestar, señor Kellerman.

—No nos molesta. Sencillamente, es que no queremos su donativo.

—¿No? —Mark enarcó las cejas—. ¿Por qué?

—Ya se lo dije. Estamos pagados.

—Creí que les gustaba recibir fondos para sus labores benéficas.

—Así es. Pero sólo lo que es justo. Lo que nosotros estipulamos, no ofrecimientos espontáneos. No insista. No publique más anuncios de éstos. No aceptamos dinero.

—Muy bien. Lo tendré en cuenta. Pero había pensado que...

—Pensó mal —le atajó con una fría sonrisa Kellerman—. Creo que eso es todo, señor Latimer. Le dije que, una vez salvada su vida, no tenía que buscar más contactos con la Fundación. Nuestra relación ya no tiene sentido.

—Comprendo. Siguen queriendo mantenerse en el anonimato, ¿verdad?

—Es la mejor forma de trabajar por el bien ajeno —asintió Kellerman. Hizo un gesto a su chófer—. Ya puedes detenerte ahí mismo, Paul. El señor Latimer se baja.

Asintió el hombre uniformado, con la misma ausencia de expresión en su rostro anguloso. Redujo la velocidad hasta aparcar junto a la acera, no lejos de donde saliera poco antes, tras dar una vuelta a la manzana. Kellerman tendió su mano a Mark. Éste, al estrecharla, creyó notarla fría y viscosa. Pero tal vez era sólo una impresión personal.

—Adiós, señor Latimer —dijo secamente Kellerman.

—Adiós —suspiró Mark, saliendo del vehículo—. ¿Ni siquiera va decirme adonde podría dirigirme un día si quisiera de nuevo sus servicios?

—Nosotros acudiríamos a usted, no lo dude, si se presentara esa ocasión. No nos gusta perdernos un buen cliente. Pero tampoco queremos que nos regalen nada. Buenos días, señor Latimer. Y le deseo buen viaje, si va a irse a las islas del Pacífico.

El coche arrancó, dejando a Mark en la acera. Éste miró larga, fijamente, el vehículo que se perdía entre el tráfico del centro de la ciudad. Retuvo en su memoria la matrícula del mismo. Podía tener algún interés, si no era falsa.

Subió a su coche poco después, con expresión pensativa. La Fundación había respondido a su anuncio, ciertamente. Pero no en el modo que él esperaba. Seguía sin saber apenas nada de la misteriosa entidad benéfica.

Pero ellos sí debían de saber mucho sobre los demás. Incluso sobre él. Le había mencionado su proyectado viaje de descanso. Con cierta ironía, como insinuándole su extrañeza porque continuara en Los Angeles, en vez de hallarse ya en alta mar, a bordo de su yate.

¿O había sido una advertencia, un consejo solapado para que abandonara aquella ciudad lo antes posible?

Mark tuvo esa desagradable impresión durante todo el día. Y más aún cuando supo que le seguían.

CAPÍTULO VII

Lo notó aquella noche, saliendo de un restaurante marinero con su secretaria, Cheryl Robson. Acababan de cenar una apetitosa variedad de pescados y mariscos, regados con el mejor vino blanco californiano, y Mark había llamado a Chicago, interesándose por el estado de Stella Douglas, que seguía estacionario dentro de su extrema gravedad. Luego había dado, a Morgan Welsh, de la Oficina Federal de San Francisco, la matrícula del coche de Kellerman, por si le era posible darle alguna información al respecto.

—Hace una noche espléndida, señor Latimer —dijo Cheryl, parándose a la puerta del restaurante.

Mark asintió, mientras el encargado del aparcamiento recogía su boleto y le indicaba el emplazamiento del vehículo. Sobre sus cabezas, el cielo de la ciudad era estrellado y limpio, y la brisa marina era fresca y suave en aquella zona de Ocean Park, con las luces del bulevar por un lado y las tranquilas aguas por el otro, espejeando con el reflejo de las estrellas.

—Una hermosa noche, es cierto —suspiró—. Me gustaría pasarla en alta mar, y no en la ciudad, pero a la policía local no iba a gustarle qué nos marcháramos ahora con el yate.

—Están estropeándole las vacaciones con todo esto, ¿no es verdad? —preguntó la joven secretaria a su jefe.

—Algo así. Pero no puedo dejar en la estacada a Stella Douglas. Es la esposa de un buen amigo y compañero de estudios a quien han matado de un modo cobarde y vil. Ella misma corre peligro de morir en cualquier momento. Me gustaría que los culpables de eso pagaran, Cheryl.

—Usted es escritor, no policía —le recordó ella, cuando llegaban

ya a su coche—. Puede resultar arriesgado lo que está haciendo...

—De hecho lo es, si quienes imagino son, además de aparentes benefactores de la humanidad y genios de la Medicina, fríos asesinos sin piedad cuando sus secretos corren peligro de ser desvelados —sentenció sombríamente Mark—. Ahora saben que me intereso demasiado por ellos. Eso quizá no les guste. Vamos, Cheryl, la llevaré a bordo para que descanse.

—¿Y usted?

—Creo que seguiré alojándome en el hotel. No quiero tener la tentación de soltar amarras y levar anclas en cualquier momento, largándome de este lugar —se lamentó con amargura el novelista, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Salieron del *parking*. Rodaron lentamente hacia el sur, por Pacific Avenue, bordeando el litoral. De pronto, Mark se pegó un golpe en la frente y frenó.

—Torpe de mí —se lamentó—. Tengo que comprar cigarrillos...

—Yo puedo darle mi paquete, jefe —se ofreció ella.

—No, no gracias. No me gusta su marca de tabaco, Cheryl, ya lo sabe. Volveremos a ese restaurante. Había una vendedora de cigarrillos en el guardarropa...

Giró inesperadamente hacia el norte, tomando la otra calzada en un punto no autorizado para la maniobra. Pero ningún agente de tráfico descubrió la infracción. Regresaron al restaurante. Mark giró la cabeza. A su espalda había oído chirriar unos neumáticos en una maniobra rápida.

—Creo que nos siguen —dijo secamente.

—¿Qué? —Cheryl se sobresaltó, disponiéndose a volverse.

—No, no se vuelva —la detuvo Mark—. Fingiremos no advertirlo. Nuestra maniobra ha sorprendido a alguien que nos seguía muy confiado. Puede ser la policía... o puede ser otra clase de gente. Veremos pronto de qué se trata.

—Señor Latimer, empiezo a sentir cierto miedo... —señaló Cheryl Robson, preocupada, mirando por el retrovisor—. ¿Es ese coche oscuro, el Ford azul?

—Me temo que sí observé que venía tras de nosotros al abandonar el restaurante. No resulta lógico que haya imitado nuestra maniobra por simple placer o porque también su conductor se olvidó de comprar cigarrillos...

Detuvo el coche ante el restaurante, bajó del mismo y adquirió los cigarrillos. De paso, marcó el teléfono con rapidez.

—Soy Mark Latimer —dijo cuando hubo establecido contacto con la policía local—. Creo que me siguen. Bajaré por Pacific Avenue hasta Culver, y entraré hacia Jefferson, deteniéndome con algún pretexto en el cruce con Lincoln unos minutos. Es un coche Ford azul el que viene detrás. ¿Cree que pueden localizarlo en esa ruta?

—Lo intentaremos. Casi seguro que sí, señor Latimer —dijo el policía al otro extremo del hilo—. El señor Welsh, de la Oficina Federal de San Francisco, nos ha pedido que colaboremos con usted en esto.

Mark colgó, regresando al coche. Cheryl estaba bastante nerviosa, pero lo disimulaba bien. Se sentó de nuevo al volante y se pusieron en marcha. El Ford azul había estado aparcado en la esquina todo ese tiempo. Rodó ahora tras ellos, a alguna distancia. Mark encendió un cigarrillo procurando no ir demasiado de prisa.

—La policía va a intentar echarnos una mano —suspiró—. Debemos darles tiempo. Si todo sale bien, ese moscón va a tener que explicar algunas cosas a los patrulleros. ¿Le importa que de momento no vayamos hacia el yate?

—No, no. Mientras no nos intenten coser a balazos por el camino...

—Esto no es Chicago en los años treinta —rió Latimer—. Ha leído usted demasiadas novelas baratas, Cheryl. ¿Por qué no lee las mías, en vez de ello?

—No leo novelas baratas —sonrió ella, más animosa—. Pero veo la televisión.

—Otra mala costumbre. Hasta que no venda mis derechos le alguna de mis obras para un serial, no valdrá la pena que abra el receptor —rió Mark, con la mirada fija en el retrovisor.

Ella también rió con sus bromas. El coche de Latimer dobló por Culver, subiendo hacia Jefferson. En el cruce de Lincoln Mark frenó junto a un puesto de periódicos y estuvo cosa de dos minutos fingiendo elegir unas cuantas revistas ilustradas, que finalmente adquirió, tendiéndolas ostensiblemente hacia la sorprendida Cheryl.

—Para que lea chismes durante una semana —dijo—. Ya hemos ganado otros dos minutos, pero no veo a ningún policía. No me

gusta seguir siendo vigilado. Voy a hacer otra maniobra prohibida, a ver qué pasa...

Y ni corto ni perezoso, se saltó un semáforo en rojo y viró contra dirección, haciendo aullar los frenos de otro vehículo, pisó la acera con los neumáticos y enderezó la ruta, ahora hacia Sepulveda Boulevard. El Ford azul tuvo que repetir la misma maniobra para no perderle de vista.

Entonces aulló una sirena estridentemente. Como surgido de la nada, brotó un coche de la policía, que se cruzó delante del Ford azul. Éste tuvo que frenar en seco para no embestir al patrullero.

Mark sonrió, acelerando la marcha cuanto pudo. Respiró hondo, guiñando un ojo a su compañera.

—Asunto resuelto —dijo—. La estratagema resultó. Además de la multa, van a tener que mostrar su documentación a la policía y perdernos de vista a nosotros, Cheryl.

—¿Hemos ganado algo con eso? —dudó ella.

—Posiblemente no. Pero al menos tendremos unos nombres y unos carnets de conducir que se relacionen de alguna forma con la Fundación. Ya es algo, ¿no?

—No sé. A mí, sigue sin gustarme esto, jefe —se lamentó la joven, moviendo la cabeza con pesimismo.

* * *

Mark Latimer dejó a Cheryl en un taxi, de regreso al yate. Y él se cambió de hotel, para no ser fácilmente localizado por sus posibles seguidores. Una vez instalado, llamó de nuevo al FBI, a San Francisco. Se puso Welsh al teléfono.

—¿Es que no duermes nunca? —quiso saber Mark al oír su voz.

—Casi nunca. Sobre todo, cuando hay mucho por hacer —rió la voz de su amigo al federal—. ¿Cómo van las cosas por ahí, Mark?

—No muy bien. Me vigilaban esta noche, me seguían con un coche Ford...

—Lo sé. He hablado con la policía de Los Angeles.

—Vaya, qué prontitud. ¿Qué te han dicho?

—Que pescaron a los individuos en plena maniobra prohibida. Claro que también pudieron pescarte a ti, pero suponen que sólo se trataba de un cebo. Los peces mordieron el anzuelo.

—¿Quiénes eran?

—Dos profesionales. Detectives privados, ya sabes. Con licencia y todo eso. Les habían alquilado para seguirte.

—Vaya por Dios —resopló Mark—. ¿Dijeron el nombre del cliente?

—Sí, pero no sirve de mucho. Aparentemente, no existe. Recibieron el dinero y un encargo, y lo cumplieron, es todo. No podemos encarcelarles por eso. Todo lo más, pagarán la multa por saltarse las leyes de tráfico alegremente.

—No ha sido de mucha ayuda...

—No, no mucha. Lo peor es que ahora estarán sobre aviso. Sabrán que les metiste en una encerrona y que cooperamos contigo en eso. ¿Sigues pensando en la Fundación?

—Ahora más que nunca. Kellerman me sugirió que viajase cuanto antes. Y su modo de tratarme fue muy especial.

—No hay nada sobre ese Kellerman. Tal vez no se llame siquiera así. En cuanto a la matrícula que me diste de su coche...

—¿Qué?

—Más falsa que el beso de Judas, Mark. No existe esa placa en California.

—Lo imaginaba. Eso confirma mis sospechas, Morgan. Algo siniestro y horrible se esconde tras esa Fundación...

—Mientras no sepamos lo que es, ni existan pruebas de ningún tipo, nada podemos hacer. Sólo esperar que cometan un error, Mark.

—Esa gente no parece predispuesta a cometerlos.

—Yo que tú tomaría precauciones. Si son tan peligrosos como piensas, puedes estar corriendo ya serio peligro... ¿Quieres que te pongamos a alguien para protegerte?

—No, gracias. Tengo un trauma desde niño contra las institutrices y niñeras —gruñó Latimer—. Te llamaré mañana, si hay novedades. Y si sigo vivo, claro está.

—A veces, Mark, eres tremendamente gracioso —se quejó el federal—. Mira cómo me hacen reír tus chistes...

Latimer colgó, pensativo, y se quedó mirando en torno suyo, a la fría e impersonal habitación del hotel. Confiaba en que allí nadie le localizara. Pero no estaba totalmente seguro de nada. Algo, quizá su instinto, le decía que Morgan Welsh no se equivocaba. Había

peligro, sí. Casi podía olfatearlo.

Se empezó a desvestir. Estaba cansado. Muy cansado.

Poco después, la luz de la habitación se apagaba. La brisa nocturna jugueteaba con la cortina de la abierta ventana. En la cama, Mark Latimer reposaba quieto, sumido en profundo sueño.

El hombre que subió por la escalera de incendios del hotel no produjo ruido alguno. Llevaba zapatos de goma negros, guantes en sus manos, y un sombrero echado sobre el rostro. En sus manos, portaba algo parecido al estuche de un clarinete, pero no daba la impresión de ir a tocar a ningún concierto de Jazz.

Llegó al rellano de la escalera de incendios que correspondía a la ventana del dormitorio de Mark Latimer. Se ajustó sobre los ojos unas gafas de vidrios especiales, totalmente negros. Su mano zurda empuñó una linterna que accionó, proyectando su foco al interior de la habitación.

Ocurrió algo raro. No brotó ni la más mínima claridad. Sin embargo, los ojos del merodeador, tras aquellas gafas negras, vieron la estancia bañada de una luz rojiza lo bastante potente como para destacar nítidamente el interior de la estancia.

El extraño personaje utilizaba luz infrarroja para ver en la aparente oscuridad. Era como si actuase a pleno día. Abrió el estuche. No, no era ningún clarinete.

Extrajo un modelo ligero de rifle dotado de mira telescópica. La culata era de metal, plegable, y sin madera sólida que abultase. Aquel arma era tan liviana como poderosa. Todo en ella era cañón y recámara. La alzó, apoyándola con firmeza en su hombro. Asestó la mira graduada sobre el cuerpo tendido bajo las ropas de la cama. Cuando la intersección de las dos perpendiculares del teleobjetivo coincidió con el bulto de la cabeza del durmiente, apretó el gatillo. Una, dos, tres veces.

El arma, además, era silenciosa. Sonaron tres sordos taponazos, como simples chasquidos de agria tonalidad. En el lecho, la sábana y la funda de la almohada reventaron, junto con lo que había bajo las mismas. Las potentes balas destrozaron cuanto hallaron a su paso, desgarrando brutalmente las ropas del lecho. La cabeza del durmiente tenía que haber quedado reventada.

Rápido, el asesino guardó el arma en su funda, apagó la luz infrarroja, alzó las negras gafas bajo el ala de su sombrero, y se

apresuró a descender veloz, sigilosamente, por la escalera de incendios, desapareciendo en la noche.

* * *

El capitán Stander, de la policía de Los Angeles, contempló en silencio los destrozos de las ropas. El colchón mostraba sus tripas de lana y muelles, así como la almohada. Tres enormes boquetes desgarraban las ropas de forma brutal.

—Ha tenido mucha suerte —suspiró—. ¿Por qué sospechaba que intentarían matarle?

Mark Latimer respiró profundamente, contemplando aquel destrozo donde tenía que haber estado su cabeza.

—No lo sospechaba, capitán. Sólo lo intuía. Me acosté en la bañera y cerré la puerta del lavabo, poniendo una silla contra la misma, por si alguien intentaba abrirla. Debía de estar profundamente dormido cuando alguien hizo eso.

—El tipo pensó que el bulto que había en la cama era usted —dijo el policía—. El viejo truco de las ropas y objetos formando un muñeco, resultó una vez más.

—Por suerte para mí. Si ese tipo sospecha que yo no estaba en la cama, hubiera venido a por mí al cuarto de baño, estoy seguro —resopló Latimer.

—Seguramente —meditó Stander, ceñudo—. ¿Cómo supieron que usted estaba en este hotel, en esta habitación?

—Lo ignoro. Me inscribí con nombre falso, usted lo ha comprobado. Nadie me siguió hasta aquí. Sin embargo, dieron conmigo. Yo no podía saberlo, pero lo presagiaba.

—Esa gente podrá ser muy eficaz como asesinos, pero no pueden ser adivinos también —gruñó el capitán Stander—. Veamos si mis hombres encuentran algo...

Poco después, la puerta se abrió. Un agente de uniforme entró en la estancia, tendiendo algo al oficial. Era un diminuto objeto metálico, de color negro, envuelto por el plástico de un sobre herméticamente cerrado. Dijo algo al oído de su superior. El capitán asintió, volviéndose despacio hacia Mark y mostrándole el objeto del sobre de plástico.

—Supongo que esto no es de su propiedad, señor Latimer —dijo.

Mark lo contempló, pensativo. Negó con la cabeza.

—No lo he visto en mi vida —confesó—. ¿Qué es?

—Un ingenioso medio de saber dónde está una persona: emite ciertas ondas, en una determinada frecuencia, que en un aparato especial de seguimiento, aparecen como un parpadeo y un bip-bip

constante, que puede ser detectado y localizado sin dificultad alguna. Lo tenía usted acoplado a su automóvil, Latimer.

—¡Esos hijos de perra! —jadeó Mark—. Si les fallaba el seguimiento, tenían ese «chivato» en mi propio automóvil, para localizarme donde estuviera...

—Exacto. Así encontraron el aparcamiento donde dejó su coche, en este hotel. Vinieron aquí y con cualquier pretexto, uno de ellos revisó el libro de registro de clientes de anoche. El conserje nos aclarará eso. Verían a una persona recién inscrita, un varón de nombre desconocido, y ataron cabos: tenía que ser usted. Alguien utilizó la escalera de incendios y disparó por esa ventana sobre quien pensó que era Mark Latimer profundamente dormido. Su instinto no le engañó, señor Latimer. Con gente capaz de utilizar esta clase de métodos, su vida no vale un centavo.

—Vaya por Dios, es usted único para dar alientos a nadie, ¿eh, capitán? —se lamentó Mark con un suspiro.

CAPÍTULO VIII

—Han fallado —dijo fríamente John Kellerman.

Un silencio profundo siguió a sus palabras. Los dos hombres erguidos ante él, palidecieron intensamente. Se miraron el uno al otro, inquietos.

—Imposible —rechazó uno de ellos con voz ronca—. Disparé a la cabeza...

—Dije que han fallado. Y yo no miento nunca —sonó la helada voz del hombre con aspecto de impecable ejecutivo—. Nunca, señores. Y menos en cuestiones tan serias. Fallaron lamentablemente. Los dos.

—Pero señor...

—Cállense —cortó Kellerman, tajante—. Usted disparó sobre un simple muñeco hecho de ropas y objetos diversos. Ni siquiera se detuvo a comprobar que había destrozado realmente la cabeza de su víctima. En cuanto a usted, situó el detector en un lugar demasiado visible del coche. La policía debió encontrarlo. Está desconectado en estos momentos. Ya no nos sirve. Y Mark Latimer sigue vivo.

—Habrà que utilizar otros medios con él —apuntó el doctor Gullagher, sentado junto a Kellerman, en aquel espacio de asamblea, con aire de tribunal inapelable, que formaban los tres hombres de la larga mesa de caoba, ante los cuales los otros dos individuos parecían sobrecogidos y humildes.

—En efecto. Habrà que utilizar otros medies. Es muy listo ese escritor. Primero tendió una trampa a los detectives que contratamos. Luego montó un dispositivo para proteger su vida, y nuestro profesional falló lamentablemente. Ahora, sin duda, ya está totalmente seguro de lo que antes era sólo una sospecha: sabe que

nosotros estamos tras de todo ello.

—Debimos terminar con él cuando lo tuvimos en nuestras manos —sentenció el tercer hombre, pálido, de edad bastante avanzada y cabellos muy blancos y suaves.

Kellerman y el doctor Gullagher se volvieron hacia él con gesto respetuoso. Fue el primero quien puso objeciones a esa afirmación:

—Entonces era sólo un paciente más, uno de nuestros clientes de oro puro, señor Ingram —suspiró—. No podíamos imaginar que resultaría ser amigo personal del doctor Douglas y de su esposa... y que llevaría demasiado lejos sus sospechas.

—Ahora ya lo saben —dijo gravemente Ingram—. Obren en consecuencia. Y no fallen de nuevo. Saben que los fracasos me ponen nervioso. No nací para fracasar.

—Por supuesto, señor Ingram —parecían ambos realmente cohibidos cuando hablaba aquel hombre de aire apacible y bondadoso, pero de ojos claros y fríos como dos témpanos de hielo bajo la luz polar.

Lentamente, Kellerman se volvió a los dos hombres que aguardaban sus decisiones, inseguros y medrosos. Les miró despectivo.

—Han logrado ustedes irritar al señor Ingram —dijo—. Y eso no tiene excusa ni perdón, bien lo saben. Conocían nuestras normas al ingresar en la Fundación. Saben cuál es el precio del fracaso.

—No, no, por favor —rogó el pistolero que disparase sobre Latimer la noche antes—. Le aseguro que puedo intentarlo de nuevo sin el menor error...

—Ya no. Es tarde —dijo con indiferencia Kellerman.

Y su mano pulsó un resorte situado en un punto de la mesa, bajo la moldura de su superficie.

El suelo, bajo los dos hombres que aguardaban ante ellos tres, pareció convertirse de repente en una parrilla al rojo vivo. Un alarido horrible, agónico, brotó de labios de ambos esbirros. Sus cuerpos fueron sacudidos primero por una especie de fogonazo violento, una descarga brutal de alto voltaje, mientras pataleaban, pegados virtualmente a aquellas baldosas que pisaban, transformadas en una plancha candente.

Luego, ennegrecidos ambos cuerpos, se desplomaron, retorcidos y horribles, entre un crepitar siniestro, mientras la atmósfera se

llenaba de un fuerte hedor a carne quemada.

Kellerman dejó de oprimir el botón. El suelo recuperó su aspecto normal. Los dos cuerpos abrasados humeaban, negruzcos y repulsivos. Ninguno de los tres hombres alteró un solo músculo de su rostro ante tan horrenda escena.

—Retiren eso de ahí lo antes posible —ordenó Ingram, poniéndose lentamente en pie, con mirada glacial—. Es simple basura. Espero que cuando volvamos a reunirnos, Kellerman, ese hombre, Mark Latimer, ya no exista. No me gustaría volver a ponerme nervioso. Ni a usted le gustaría tampoco.

Kellerman palideció, perdiendo por primera vez el control de sí mismo. Tragó saliva, afirmando:

—No se preocupe, señor. Esta vez no habrá fallos. Me ocuparé personalmente del asunto.

—Tanto mejor para usted —fue el único comentario de Ingram, al abandonar la estancia de la muerte—. Recuerde que estamos a punto de iniciar la Fase Final de nuestro proyecto. Hay demasiado en juego para arriesgarlo por culpa de un solo hombre...

La puerta se cerró suavemente tras el hombre que daba su nombre a la Fundación. Tras él, parecía quedar flotando un hálito de terror profundo, incluso en hombres tan endurecidos y dueños de sí como John Kellerman o el doctor Gullagher.

* * *

—¡No es posible! ¿Qué haces tú aquí?

Leslie Craig se lanzó en brazos de Mark Latimer, entusiasmada, mientras él también la contemplaba con sorpresa. Tras ellos, en las aguas del puerto deportivo, flotaban los yates y embarcaciones de recreo, entre las que se hallaba el barco propiedad de Mark.

—Eso me pregunto yo, Leslie —manifestó Mark, perplejo, al apartarse un poco de la joven reportera—. Te imaginaba en Europa, espionando a los tanques del Pacto de Varsovia...

—Y yo a ti bañándote en una dorada playa paradisíaca, rodeado de bellas isleñas semidesnudas —rió Leslie de buen humor—. ¿Has cambiado de planes?

—Sólo de momento. ¿Y tú?

—También. En el país de Vanyak han empezado a ponerse las

cosas mejor. Ya no es noticia. El mariscal reapareció, fresco como una rosa; lleno de salud y vitalidad. Hay quien dice que debió visitar a la doctora Aslam en un país vecino, para rejuvenecerse tanto. La crisis política ha cedido y todo está en calma. La calma es muy agradable para el mundo, pero muy aburrida para los periodistas...

—Entiendo. ¿Y qué buscas en Los Angeles exactamente? —se interesó Mark.

—Un reportaje sobre mi propio país y mi gente —Leslie se puso más seria—. ¿Has sabido lo de Martin Douglas y su esposa?

—Claro. Stella sigue en coma en un hospital de Chicago. Y su marido fue asesinado aquí, en Los Angeles, por un profesional. Justo después de encontrarnos los dos en su casa aquel día...

—Eso me ha traído aquí. Douglas y Stella eran unos amigos. Será un reportaje doloroso, pero necesario. ¿Qué pudo suceder para que les atacaran a ellos?

—Recuerda lo que contó Stella aquel día. Su marido tenía miedo de algo, quería hablar con ella... Y ni siquiera sabía en qué clase de hospital trabajaba...

—Lo recuerdo muy bien —Leslie frunció el ceño, mirando a Mark fijamente—. ¿Crees que ésa fue la razón de todo?

—No lo creo. Estoy seguro. Ahora sé dónde trabajaba el doctor Douglas.

—¿Dónde?

—En la Fundación Ingram.

—¿Fundación Ingram? ¿Qué es eso, exactamente?

—Un secreto muy bien guardado por mucha gente. Devuelven la salud a casos desesperados. Reciben mucho dinero a cambio. Pero debe haber algo más. Han reclutado a los mejores especialistas del mundo, y su clientela son auténtica gente de oro, los escogidos de la élite mundial: magnates, financieros, políticos, millonarios, artistas famosos...

—¿Fue ahí donde tú...?

—Sí, Leslie. Veo que entiendes. Fue ahí.

—¿Y qué sentido tiene que una entidad capaz de devolver la vida a personas desahuciadas, se mezcle en delitos tan graves como el asesinato?

—Eso es lo que todavía no he logrado averiguar. Pero lo estoy

intentando.

—¿Y por eso te has quedado en Los Angeles?

—Sí, Leslie. Por eso.

—Entonces, esta vez ambos tenemos una tarea común. Tú, por tu amistad con los Douglas. Yo, por la misma razón... y por mi propio oficio. ¿Unimos nuestros esfuerzos?

—¿Por qué no? —Mark se encogió de hombros—. Pero hay riesgos en esto, Leslie.

—¿Dónde no los hay? También los había en el «telón de acero». Y en África, en un país tan revuelto como el del general Gao Ombele...

—Es distinto. Aquí pueden asesinarte. Ya lo han intentado conmigo.

—Vaya, parece que la cosa es más seria de lo que parece —murmuro ella, con ojos muy abiertos y gesto impresionado—. ¿No es muy arriesgado entonces que vivas en tu yate? Todo el mundo puede saber eso...

—Se ha demostrado que da igual vivir escondiéndose. Ellos llegan a todas partes. Y aquí, en estos momentos, gozo de protección policial. Dentro y fuera del yate. ¿Qué has venido tú a hacer a esta parte de Los Angeles? No sabía que tuvieras yate...

—Cielos, claro que no lo tengo —protestó ella, riendo—. Sencillamente, Mark, he venido para comprobar algo que me dijeron en Europa: que el yate del mariscal Wroslaw Vanyak, se halla fondeado en este puerto de Los Angeles desde hace casi dos meses.

—¿El yate del dictador? ¿Aquí? —se extrañó Mark—. ¿Por qué motivo? No creo que su país guarde muy buenas relaciones con los Estados Unidos...

—Eso es lo raro. Y, en efecto, tenían razón. Míralo. Es aquél, Mark.

Señalaba a un punto del puerto, hacia el que miró Mark, con verdadera sorpresa. Descubrió un lujoso yate pintado de color anaranjado y blanco, que se mecía suavemente en las azules aguas, en una zona apartada del muelle. Ahora que se fijaba, descubrió gente a bordo, paseando arriba y abajo. Tenía todo el aspecto de estar guardando el barco. Y de ser hombres armados, de raza eslava.

—¿Vas a escribir un artículo sobre eso? —indagó Mark.

—Es posible. No resulta muy honesto andar proclamando una cosa y practicar otra, ¿no te parece? La gente de su país se muere de hambre. Y él posee un yate que vale millones. Claro que eso lo ignora la gente allí, como ocurre siempre en estos casos.

Leslie subió al yate de Mark, invitada por éste. Fue presentada a Cheryl y tomó unas copas con el escritor. Cuando abandonó la embarcación, que vigilaban de cerca dos hombres de la policía local, sin uniforme, habló a Mark con tono persuasivo:

—¿Qué tal si cenamos juntos esta noche? Podríamos planear la estrategia adecuada para nuestro modo de actuar contra esos asesinos...

—Es una buena idea. Cenaremos a bordo. Creo que eso resultará más seguro y agradable.

—Me encanta la idea de una cena en tu yate —dijo ella, risueña—. No faltaré. Yo traeré el champaña. Auténtico francés, Mark, me lo traje de Europa.

La reportera se alejó por el muelle. Mark contempló su bella y esbelta figura. Regresó al interior del yate. Desde allí, contempló pensativo el barco del dictador Vanyak, allá en la distancia.

—¿Sabe una cosa, Cheryl? —dijo a su secretaria.

—¿Qué, señor Latimer? —respondió ella.

—Si usted supiera que un conocido político, despótico y duro, perteneciente a un país del Este que gobierna con mano de hierro, se encontraba enfermo o herido, según rumores, y reaparece lleno de salud y vitalidad, acallando esos rumores y abortando un complot para derrocarlo, y luego resulta que un yate propiedad de ese mismo dictador ha permanecido anclado en Los Angeles durante todo el tiempo de su desaparición de la vida pública, ¿qué diría usted?

Cheryl meditó cuidadosamente la respuesta. Mantuvo fija su mirada en Latimer. Y finalmente dijo con lentitud:

—Yo sospecharía que también él ha pasado por la Fundación para curarse, dado que es muy posible que esa Fundación tenga aquí uno de sus centros médicos, jefe.

—Exacto —aprobó Mark—. Eso es, justamente, lo que yo pensaba...

Y sin añadir más, tomó el teléfono y pidió a la central telefónica

de Los Angeles el número de una agencia de prensa importante.

Leslie descorchó la botella de champaña sin ayuda de Mark. El tapón saltó ruidosamente, y la espuma rebasó la botella para caer en las copas.

Cuando los tres alzaron esas mismas copas para brindar, Leslie demostró su sorpresa con una pregunta:

—¿Por qué has dicho que, tras la cena, hablaríamos de algo que habías averiguado respecto a ese dictador que tiene anclado su yate cerca del tuyo, Mark? Creí que sólo íbamos a charlar del asunto de los Douglas...

—Todo se relaciona, creo yo. He llegado a la conclusión de que el mariscal Vayak estuvo herido o enfermo. Y bastante grave, sin duda. Entonces recurrió a la Fundación, lo mismo que yo. Ellos le sanaron, y se reintegró a su puesto. Eso sucedía aquí, en California. Por eso el yate está en este muelle, pendientes sus hombres de la evolución definitiva de su jefe. Sin duda, ahora que regresó sano y salvo, abandonarán la costa californiana sin previo aviso.

—Es una posibilidad, lo admito.

—Hay más que eso, Leslie. He obtenido datos de una Agencia de prensa sobre los casos más recientes entre personas más o menos enfermas cuya curación resulta milagrosa y aleja todo rumor sobre su presunta gravedad.

—¿Y...? —Leslie le miró con profundo interés.

—Y tenemos que personalidades tan distintas como el sheik Abdullah El Feisal, de un emirato como el de Mullahj, de los más ricos en petróleo, el magnate griego Spyros Anapoulos, dueño de varias islas en el Egeo y de una enorme flota de barcos de carga, el mariscal Wroslaw Vanyak ya mencionado, el propio general Gao Ombele, de ese país africano donde tú estuviste en momentos críticos, e incluso el Presidente de los Estados Unidos, han sido tratados sin duda alguna por la Fundación y recuperaron salud y vida.

—Eso es increíble, Mark —dijo Leslie, fascinada.

—Hay todavía más nombres ilustres en esa lista: militares europeos y americanos de alta graduación, políticos soviéticos, un general chino, magnates de todo tipo...

—No se puede decir que tengan prejuicios ideológicos, ¿no? —sonrió la reportera con buen humor.

—En efecto. Estoy seguro de que todos ellos pagaron una elevada suma a la Fundación, como yo mismo. Somos gente de oro, personas ricas y conocidas... Pero singularmente, abundan los políticos y militares, los dueños de barcos, aviones y fuentes energéticas...

—Sí, eso veo. ¿Crees que tiene, algún sentido especial todo ello?

—Sospecho que tiene mucho más que eso, Leslie, y que por ello no interesa que nadie ahonde demasiado en los misterios de la Fundación Ingram.

—Empiezas a intrigarme de verdad, Mark. Te pareces a uno de esos detectives de novela, en plena reunión de acusados, cuando vas a revelar el misterio.

—Por desgracia, no es ése el caso. Sigo a oscuras, como siempre. Sólo tengo una teoría.

—¿Cuál, Mark? —se interesó Leslie profundamente.

—Una que pienso exponer esta misma noche al FBI, a la CIA y al propio Pentágono. Y que espero que ellos ofrezcan igualmente a la Unión Soviética, a la OTAN y a China.

—Me asustas, Mark. Eso suena demasiado importante, demasiado global...

—Si mi teoría es cierta, es importante. Es global. Nos afecta a todo el mundo, Leslie —sentenció gravemente Mark—. Puede significar el fin de un sistema, de un modo de ser y de vivir...

—Te confieso que ahora sí que no entiendo nada, Mark querido —confesó Leslie.

—Imagina que, de repente, una orden se emite a todas esas personas clave, dispersas por el mundo. Esa orden es concreta: «actúen y terminen con lo establecido». Como máquinas, todas esas personas obedecen la orden. Y el caso estalla en el mundo. La OTAN no coordina sus acciones y sus misiles estallan misteriosamente. El Pacto de Varsovia ataca por sorpresa, sin mediar provocación ni tan siquiera órdenes superiores de Moscú. China entra en liza porque a un alto mandatario se le ocurre hacerlo. Los barcos de un magnate conducen mercenarios a puntos clave del mundo. Los que tienen las llaves del petróleo lo entregan a quien quieren o destruyen los pozos petrolíferos...

—Cielos, Mark, eso es pura ciencia ficción...

—La ciencia ficción de ayer, es realidad hoy, Leslie. Mañana,

esto que parece ciencia ficción, puede ser realidad. Todos nos alineamos juntos para obedecer esa orden transmitida por alguien. La situación se hace caótica. Y alguien se aprovecha de ella, con un golpe audaz. Estamos ante la posibilidad de la instauración mundial de una nueva dictadura futurista y alucinante: la dictadura de la Fundación Ingram en cuyas manos están todos los resortes para mover esas acciones que, bien coordinadas, desmoronan el sistema defensivo y ofensivo de las naciones y de los organismos supranacionales.

—Mark, porque a uno le curen y le vuelvan a la vida sano y salvo, no va a acatar órdenes demenciales de un puñado de locos que pretendan dominar el mundo. Y menos aún gente de esa categoría política o militar, con gran responsabilidad...

—Leslie, ¿tú crees posible que personas con tumores extendidos, corazones destrozados, cuerpos mutilados o enfermos, podamos volver a la vida normalmente, con un cuerpo nuevo y perfecto?

—En tu caso, parece ser que así ocurrió, Mark.

—En mi caso, como en el de todos, empiezo a pensar que sólo mi cerebro y mi aspecto físico siguen siendo los mismos. Pero mi cuerpo es «otro». Me aplicaron un cuerpo ajeno, adaptado a mi persona. Cuerpos que quizá ellos preparen y cultivan, a partir de otros cuerpos humanos en reserva, debidamente tratados y adaptados. Una especie de seres clónicos, pero de carne y hueso, no de materias plásticas o artificiales. Robots de carne humana, Leslie. Eso es lo que somos en el fondo. O androides de una nueva especie, a base de injertos y trasplantes masivos de órganos, de miembros... de cuerpos completos, incluso, cuando es absolutamente preciso. Ahí estriba la curación prodigiosa. No es que curen. Es que suplen los órganos o el cuerpo enfermo e inservible, por otro de idénticas características físicas. Han logrado vencer el rechazo, implantar cuerpos nuevos a cabezas viejas, regenerar células y órganos. Eso es todo, Leslie.

—Fantástico, Mark. Tu próximo libro, sobre ese tema, puede ser fascinante —sonrió con incredulidad y escepticismo la joven periodista.

—No hablo de un libro. Hablo de la realidad, pura y simple. La Fundación ha creado una serie de máquinas humanas, distribuidas por el mundo, a la espera de una orden, de una clave para actuar

como ellos quieren.

—Aunque toda tu delirante teoría fuese cierta, Mark, ¿cómo podrían ellos emitir esa orden colectiva y, sobre todo cómo serían obedecidos?

—Neuronas nuevas, Leslie. Neuronas injertadas en los cerebros de sus pacientes, con una serie de órdenes programadas. Bastará una frase clave, algo que despierte la memoria de esas neuronas «programadas» como circuitos de una computadora. Y cada uno hará lo que le digan, no lo que quiere hacer. Una forma nueva de hipnosis o sugestión. Sin droga ni mecanismos, sin medios hipnóticos convencionales ni nada de eso: un resultado simple de un nuevo proceso clínico. El control mental de sus pacientes fundamentales, los hombres que pueden cambiar al mundo a gusto de ellos...

—Te confieso que eres fantástico. Qué gran imaginación, Mark —sonrió Leslie Craig, con gesto admirativo—. No esperarás que te crean en el FBI ni en los demás organismos oficiales, ¿no?

—Más que eso, Leslie. El FBI ya ha empezado a creerme.

—¿Es posible? —se asombró ella.

—Sí. Tengo autorización para dirigirme hoy mismo a los demás. Les convenceré para que determinadas personas se sometan a un examen mental exhaustivo. Estamos seguros de que localizaremos, con ayuda de expertos neurocirujanos, las zonas «modeladas» del cerebro de las víctimas de la Fundación.

—¿Y cuándo vas a solicitar ese examen de cada uno de los pacientes clave?

—Ahora mismo —sonrió Mark, descolgando el radioteléfono—. Van a darme línea directa con Washington. Es sólo el principio, Leslie...

Ella no dijo nada. Se limitó a mirar a Mark y advertirle luego, tras un largo silencio, con voz helada:

—Ni lo intentes, Mark. No puedes hacerlo. Estamos aislados del mundo exterior. Nadie puede oírte esa revelación ya. Nosotros, la Fundación, nos hemos ocupado de ello mientras hablabas...

Cheryl miró con repentino terror a la bella visitante. Leslie Craig se limitaba a sonreír fríamente, con una luz dura y acerada en sus hermosas pupilas.

CAPÍTULO IX

—Me sorprendes, Leslie. ¿De modo que tú perteneces a la Fundación?

—Así es —afirmó ella con lentitud—. ¿Cómo crees que supieron ellos que la señora Douglas sabía ya lo de su esposo? ¿Cómo crees que empezaron a recelar de ti y te vigilaron? Yo era su enlace para muchas cosas.

—¿También para ocuparos de personalidades como el mariscal Vanyak o el general Gao Ombele, en cuyos países tan ocasionalmente te hallabas tú siempre cuando alguno de ellos enfermaba o era víctima de un atentado?

—Así es, querido Mark. Soy una persona importante dentro del alto staff de la Fundación.

—Y has venido aquí esta noche para saber hasta dónde podía llegar yo...

—Algo así. Hay orden de matarte sin pérdida de tiempo. Kellerman tenía un plan vulgar. Yo te respeto, Mark, porque conozco tu imaginación. Y preferí ocuparme personalmente del asunto. Antes de medirme contigo, tomé naturalmente mis medidas.

—Y esas medidas consisten en venir aquí con las espaldas bien cubiertas, imagino. No te arriesgarías a hablar así, si supieras que mi escolta policial está ahí fuera, dispuesta a intervenir.

—No tienes escolta, Mark. Ya no. Nos ocupamos de eso y de mucho más. Nuestros hombres rana han instalado bajo tu quilla un sistema de interferencia de toda llamada o contacto con tierra desde este yate, y viceversa. Por eso te dije que estamos aislados aquí dentro. Llevo sobre mí un potente emisor, imposible de ser detectado, que ha transmitido íntegramente tu fascinante historia hasta un centro de recepción de la Fundación. Ahora ya saben que

conoces toda la historia. Tu imaginación es infinitamente mayor de cuanto yo pude imaginar. Has averiguado la historia completa, Mark. Con todo detalle. A eso se le llama deducir inteligentemente.

—No, Leslie, te equivocas —rechazó Mark sonriendo—. Yo no he deducido todo eso. No hubiera podido hacerlo por mí mismo. Lo que hice fue someterme hoy a un cierto examen mental. El FBI me consiguió un «doble» casi perfecto, que fue el que tu gente habrá estado viendo todo el tiempo a bordo de este barco, mientras yo me alejaba a tierra, con un traje de inmersión, desembarcaba en un punto solitario de la costa, e iba a ser examinado por un equipo de expertos traído por el FBI desde Washington.

—¿Qué quieres decir con eso? —Se inquietó Leslie, pestañeando.

—Que todo el día de hoy, no estubo a bordo sino mi «doble», con mi secretaria Cheryl, en tanto yo era examinado a fondo y se encontraban en mi mente las neuronas ajenas, con su aspecto de «banco de memoria» para el momento oportuno. No es que yo pudiera ayudar mucho en el momento de iniciar la fase decisiva, pero sería un aliado más.

—Éstas mintiendo, Mark.

—Cielos, claro que no. Los expertos dieron con esas neuronas y las neutralizaron sin mucha dificultad. Ya no soy un ser clónico al servicio de la Fundación. La orden que puedan dar en el futuro, no me afecta.

—No puedo creerte.

—Pues deberías hacerlo. Así supe lo que se proponía realmente la Fundación. Entonces se inició la acción federal en medio del más impenetrable secreto. En estos momentos, el Presidente de los Estados Unidos ya no posee neuronas «memorizadas» en su cerebro. Le han sido anuladas. No obedecerán ninguna orden demencial. Personalmente, habrá establecido contacto ya con los altos mandatarios tratados por la Fundación para advertirles urgentemente del peligro. Sé que la creerán aunque les cueste hacerlo. El plan se ha hundido, Leslie. Habéis perdido.

—¡Es mentira! —rugió ella, poniéndose en pie—. ¡La victoria es nuestra! ¡Estás aislado, en nuestro poder! ¡Tu escolta no existe, este yate está bloqueado, no puedes comunicar con nadie! ¡Yo puedo ordenar la destrucción inmediata de este yate, con todos nosotros dentro, si ocurriese lo peor!

—Nadie obedecería ya tu orden, Leslie —suspiró Mark—. Apenas supimos la verdad, tomé mis precauciones. Sospechaba de ti y adoptamos medidas. Tus interferencias no funcionan. Tu sistema emisor está bloqueado por una barrera neutralizadora que hemos establecido en este yate. Y la Fundación está desconectada de ti por completo. Pero todos esos sistemas de comunicación estarán sirviendo ahora a equipos especiales del FBI y la CIA, para localizar al centro receptor de la Fundación y, con él, toda vuestra cadena de establecimientos, centros médicos y oficinas de control... La batalla se terminó, Leslie. Lo siento.

Ella, furiosa, abrió su bolso. Extrajo de él una pistola automática, con la que encañonó a Mark y a Cheryl. Sus ojos centelleaban.

—Si eso es cierto, lo pagarás con la vida, Mark —amenazó—. Voy a matarte.

—Ni siquiera eso puedes hacer, querida —rió suavemente Mark—. Fuiste antes a coger unas copas abajo, ¿recuerdas? Para tu champaña francés. Te pedí que las subieras tú. Y dejaste ahí tu bolso...

Sonriendo, mostró lo que su mano ocultaba al estar cerrada: eran varios proyectiles calibre 22. Leslie disparó su arma, que sonó con un seco clic. No brotó ninguna bala. Palideció intensamente.

—¡Lo sabías! —sollozó—. ¡Sabías que yo pertenecía a la Fundación!

—Tú misma te delataste, recuerda. ¿Quién, sino tú, podía saber que yo era amigo de los Douglas, y que Stella sospechaba algo respecto a su marido y el lugar de su trabajo? Eso, y tu presencia repentina aquí, en Los Angeles, no demasiado justificada, bastaron para convencerme de que eras una de ellos...

Y la miró amargamente, mientras el muelle se llenaba de policías, y el capitán Stander, de la policía local, entraba en el yate, en compañía de Morgan Welsh.

—Enhorabuena, Mark —dijo el federal, mientras esposaban a Leslie—. El Presidente ha convencido ya a un puñado de personas de las tratadas en la Fundación. Están procediendo a neutralizar las neuronas injertadas, para borrar de su memoria subconsciente las palabras clave que hubieran lanzado al mundo a un juego de locos, para el dominio futuro de la dictadura de la Fundación y su fanático

dueño, Max Ingram, un loco soñador de grandezas imposibles... Ah, por cierto. Buenas noticias de Chicago. Stella Douglas ha salido del estado de coma profundo. Se salvará su vida...

Salió, llevándose consigo a Leslie Craig. Mark y Cheryl cambiaron una mirada larga, profunda.

—Creo que saldremos en seguida hacia las islas —dijo Mark.

—Como usted diga, jefe —asintió ella.

—Pero no crea eso de que me gustará verme rodeado de isleñas semidesnudas. Con su sola presencia, Cheryl, me sentiré suficientemente lleno de belleza y encanto como para desear ver más...

—Es usted muy amable conmigo, señor Latimer —se ruborizó la joven.

—Nada de eso —sonrió Mark—. Digo la pura verdad. ¿Sabe una cosa? Empiezo a sentirme como un escritor barato. Las novelas han de tener un final feliz. Chico y chica. Pero yo no tengo aquí más chica que usted. Y eso me ha hecho advertir que es muy bonita para ser una vulgar secretaria...

Se inclinó, la rodeó con sus brazos y la besó en los labios. Ella, enrojeció, mirándole con asombro. Mark siguió besándola. Y luego dijo:

—Creo que va a ser un hermoso viaje de placer, Cheryl...

Ella apenas si pudo responder, mientras él cubría sus labios con su propia boca:

—Sí, señor Latimer...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.